ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

¡LO QUE VALE EL TALENTO!

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1879.

¡LO QUE VALE EL TALENTO!

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

MODESTIA Y VANIDAD.	Comedia en tres actos y en verso.
UNA VÍCTIMA DE AMOR.. . . .	Comedia en un acto y en verso.
DON TOMÁS II..	Apropósito en un acto y en verso.
OTRO DIABLO COJUELO [1].. . .	Revista en un acto y en verso.
LOS CELOS DE UNA VIEJA.. . .	Comedia en un acto y en verso. (2.ª ed.)
LAS QUINTAS.	Drama en dos actos y en verso. (2.ª ed.)
EL CENTRO DE GRAVEDAD. . .	Comedia en tres actos y en verso.
LOS AGUINALDOS..	Comedia en un acto y en verso.
ENTRE PINTO Y VALDEMORO..	Comedia en un acto y en prosa.
LA BELTRANEJA [2]..	Drama en tres actos y en verso. (2.ª ed.)
EL MIOPE..	Juguete en un acto y en prosa.
LAS COLEGIALAS DE PUERTO REAL [2].	Opera cómica en tres actos y en verso.. Música del maestro Usiglio.
DOÑA MARÍA CORONEL [2].. . .	Drama en tres actos y en verso.
VETURIA..	Tragedia en un acto y en verso.
EL MOTIN CONTRA ESQUILACHE [2].	Zarzuela en tres actos y en verso. Música del maestro Arrieta.
LA RAZON DE LA FUERZA [2].. .	Comedia en tres actos y en verso.
SEGISMUNDO [2].	Drama en tres actos y en verso.
PALABRAS SUELTAS..	Comedia en tres actos y en verso.
¡LA POBRECITA HORTENSIA!. .	Comedia en un acto y en prosa.
EL AMOR QUE PASA.	Idilio en dos escenas y en verso.
L'HEREU. [2].	Drama en tres actos y en verso.
EL HIDALGUILLO DE RONDA.. .	Zarzuela en tres actos y en verso. Música del maestro Almagro.
LA FORNARINA. [2].	Drama en tres actos y en verso.
UNA BODA EN PALACIO. [3]. . .	Comedia en tres actos y en verso.
LOS GRANDES TÍTULOS..	Comedia en tres actos y en verso.
LUCHAS HERÓICAS [3].	Drama en tres actos y en verso.
EL FRONTERO DE BAEZA [2]. .. .	Drama en tres actos y en verso.
LA EVIDENCIA.	Comedia en tres actos y en prosa,
EL VIOLIN DE CREMONA [2]. . .	Comedia en un acto y en verso.
EL PARAISO DE MILTON.. . . .	Drama en tres actos y en verso.
SALDO DE CUENTAS.	Comedia en tres actos y en prosa.
EL EJEMPLO.	Drama en tres actos y en verso.
¡LO QUE VALE EL TALENTO!. .	Comedia en tres actos y en prosa.

1 En colaboracion con D. Fernando del Pozo y Paluchi.

2 Con el Illmo. Sr D. Francisco Luis de Retes.

3 Con D. Arturo Gil de Santivañes.

¡LO QUE VALE EL TALENTO!

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

Estrenada en Madrid, en el Teatro de la COMEDIA, á 31 de Octubre de 1879.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA CONDESA DEL ATAJO.....	D.ª Balbina Valverde.
LEONOR....................	Eloisa Gorriz.
DON PEDRO.................	D. Emilio Mario.
VALENTIN..................	Elías Aguirre.
RICARDO...................	Julian Romea.
EL CONDE DEL ATAJO.......	Mariano Ballesteros.
RAMON.....................	Rafael Jover.

AL EXCMO. SEÑOR

DON FEDERICO RUBIO,

GLORIA DE LA CIRUJÍA ESPAÑOLA.

Mi queridísimo amigo: Hace ocho meses mi casa ofrecía un cuadro tan desgarrador y terrible, que difícilmente podría hallarse en el mundo pincel que lo trazara, ni pluma que lo describiese.

Mi mujer, en la plenitud de su vida, se hallaba sorprendida por la muerte; sus hermanos y yo, en el lleno de la felicidad, sentíamos el golpe del infortunio; y mi hija, en los comienzos de la infancia, veía, sin darse cuenta de ello, las sombras de la orfandad.

Nuestro cariñoso amigo, el reputado médico D. Félix García Teresa, fué el primero que dió la voz de alarma. El peligro era inminente: todos lo conociamos: mi mujer lo llevaba en su seno, nosotros en el alma.

Por espacio de algun tiempo mi familia fué una mascarada en la que el dolor tomó la carátula del regocijo... La enferma me hablaba de comedias, yo la leía escenas muy chistosas, y todos nos reíamos mucho... muchísimo. Jamás el sainete tuvo mayor relieve... ¡como que brotaba del fondo de una verdadera tragedia!

En esto se presentó usted en el escenario, y... ¿Verdad que sería ridículo que yo hablase aquí de *ovariotomias*?... No tema usted mis alardes de erudicion científica... ¡á tanta costa adquirida!

Oigo en este momento á mi mujer que canta una melodía de Schubert, me aturden las voces de mi hija que está llamando á su madre para que juegue con ella al escondite, y las lágrimas de mis ojos caen sobre esta dedicatoria.

Reciba usted en ella el alma agradecida de su amigo

Francisco Perez Echevarria.

ACTO PRIMERO.

Sálen despacho suntuosamente amueblado.

ESCENA PRIMERA.

VALENTIN, RICARDO y RAMON.

Valentin escribiendo. Ricardo por la puerta del fondo, seguido de Ramon.

RIC. (En traje de mañana, algo exajerado.) ¿Y el señor Conde?
RAMON. Pidió el coche á las diez y aún no ha vuelto.
RIC. ¿Y la Condesa?
RAMON. Ha salido con la señorita Leonor.
RIC. ¿Adónde?
RAMON. Á todas partes.
RIC. Eh?
RAMON. Su excelencia va siempre á todas partes.
RIC. Es verdad... (Á Valentin.) Hola, primo.
VAL. Adios, Ricardo; buenos dias.
RAMON. (No le distraiga usted... El pobre está siempre con el agua al cuello.)
RIC. Bien le sacan el jugo en esta casa.
RAMON. Y gracias que se acerca el dia de la recompensa.
RIC. ¿Qué hay de política?
RAMON. Ya no debía decirle á usted nada; pero...

RIC. Vamos, no seas pesado.

RAMON. El señor Conde tiene grandes esperanzas de ser ministro de Fomento.

RIC. ¿De veras?

RAMON. Ayer rompió á hablar.

RIC. Por supuesto, el discurso sería de este. (Señalando á Valentin.)

RAMON. Yo no sé; pero el señor Conde lo dijo con gran desparpajo.

RIC. Y por la noche se inundaría la casa de gente.

RAMON. La señorita ha recibido tres declaraciones amorosas... y don Valentin dos cajas de cigarros del contratista de carreteras, que vive en el piso tercero.

RIC. Pues entónces no cabe duda. Es necesario que me ayudes á conquistar el amor de la señorita.

RAMON. ¡Don Ricardo!...

RIC. Tú ya me conoces.

RAMON. ¡Vaya si le conozco á usted! El hijo de aquellos benditos señores á quienes yo servía con tanto cariño.

RIC. Ramon ¡qué tiempos aquellos!

RAMON. Los pobres viejos no estaban ya para nada.

RIC. Tú corrías con los quehaceres de la casa.

RAMON. ¡Bien me acuerdo!

RIC. Y yo corría con el dinero.

RAMON. Sí señor... Un dia se escapó usted á París con una bailarina... ¡Vaya si corría usted con el dinero!

VAL. (Tirando la pluma.) Pero hombre de Dios, está usted empecatado?... ¿No le he dicho á usted que me avise oportunamente para ir á la estacion?...

RAMON. Su primo de usted tiene la culpa.

RIC. ¿Yo?

RAMON. Charlando y charlando.

VAL. Y yo escribiendo, escribiendo... (Éntrase precipitadamente por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

RICARDO y RAMON.

RIC. ¿Pero adónde va tan de prisa!

RAMON. Á esperar á su padre.

RIC. Ah, sí; ya no me acordaba.

RAMON. Usted no va?...

RIC. ¿Yo?...

RAMON. Cómo se conoce que es un pobre maestro de escuela!.. Si fuera el otro... el rico... el tio Roque...

RIC. Sí, el inmortal.

RAMON. Qué?

RIC. El que nunca se muere.

RAMON. (Parece mentira que sea hijo de su padre.)

ESCENA III.

RICARDO, RAMON y VALENTIN.

VAL. (Poniéndose los guantes.) Ramon, haga usted el favor de subir esos cigarros al vecino del tercero.

RIC. ¡Cómo se entiende!... Primero un ojo.

RAMON. Don Valentin, que son de la Vuelta Abajo.

VAL. Con eso serán tambien de la *vuelta arriba*. Haga usted lo que le digo.

RAMON. Ah, sí señor, al instante. (Éste si que es hijo de su padre!) (Váse por el fondo.)

ESCENA IV.

VALENTIN, RICARDO.

RIC. Y tú te llamas hombre de talento?

VAL. (Parándose ante lo brusco de la interpelacion.) ¿Y quién te ha dicho á tí que yo me llamo semejante cosa?

RIC Todo el mundo lo dice ¡Valentin!... Uff!...

VAL. Bah, bah... déjame en paz. (Al ir á salir por la puerta del fondo da el reloj una hora.) ¡Buena estorsion me ha hecho el tal hombre... (Mirando su reloj.) Vamos á cruzarnos en el camino. (Despues de vacilar un instante.) Lo mejor es esperarle. (Se quita el sombrero, y los guantes.)

RIC. Já, já, já.

VAL. ¿De qué te ries?

RIC. Ya estoy viendo á tu padre hecho un palomino atontado... allí en la estacion.

VAL. Lo que ménos te figuras es que mi padre carece de sentido comun para tomar un coche y venir á dar un abrazo á su hijo.

RIC. Noto que estás conmigo muy empingorotado.

VAL. Al ver tu regocijada sospecha de que mi padre...

RIC. Cá, no es eso.

VAL. ¿Que no es eso?

RIC. No: es que no he venido á buscarte para ir á la fonda, como te prometí.

VAL. (Con gran extrañeza.) ¿Fonda?

RIC. Sí, en pago del soneto que me hiciste y que hoy publican los periódicos.

VAL. Pero, hombre, quién se acuerda ya de aquella tontería?

RIC. Lo cierto es que desde entónces me tratas con despego.

VAL. No es cierto, Ricardo; yo no trato á nadie de ese modo.

RIC. Parece que te inspiro lástima.

VAL. Eso ya es otra cosa.

RIC. ¿Y por qué?... Vamos á ver ¿por qué?

VAL. Porque la inspira el que no sabe gramática y quiere pasar por hombre de letras.

RIC. Eso es echarme en cara el favor que me hiciste.

VAL. Eso es hablarte con franqueza.

RIC. Tu soneto...

VAL. Mi soneto es vulgar, vulgarísimo, y no has debido publicarle. Bien que se lo dieras al Conde, ya que por ese medio quieres merecer su apoyo.

RIC. ¿Entónces, ¿por qué lo escribiste?

VAL. Porque te empeñabas en publicar el tuyo y nos iban á llevar á todos á la cárcel.

RIC. ¿Por qué?

VAL. Por malo.

RIC. Ah, conque mi soneto es malo?... Estará mal medido, pero en cuanto á los conceptos... Á ver qué tienes que decir de estos conceptos.

VAL. (Dios me dé paciencia!)

RIC. (Leyendo.) *Á los dias del conde del Atajo.*

VAL. Á los dias. ¿Y por qué no á las tardes ó las noches?

RIC. Porque no, porque es á los dias.

VAL. Bien.

RIC. (Leyendo.) *Oh señor, os lo digo francamente.*

VAL. Eso es, con toda confianza.

RIC. Me parece que la educacion no está reñida con la poesía.

VAL. Ni con el sentido comun.

RIC. (Leyendo.) *Ni el sol con su su esplendente vestidura*
contemplando la mágica verdura...

VAL. Ya estoy viendo al sol vestido en traje luminoso contemplando la magia de una cesta de lechugas, pimientos y zanahorias.

RIC. No quiero contestarte.
(Leyendo.) *Ni el sol con su esplendente vestidura*
contemplando la mágica verdura
del prado cuando sale por Oriente.

VAL. Sí, porque no es lo mismo el prado que sale por Oriente que el prado que sale por cualquiera otra parte.

RIC. (Remedándole.) Pero como yo no me refiero al prado.
(Leyendo.) *Ni la luz de la luna reluciente*
cuando sorprende la tiniebla oscura
y sus haces de rayos y hermosura
desbaratan la sombra prontamente.

VAL. Una carga de caballería.

RIC. Qué?

VAL. Una carga de los rayos de la luz de la luna reluciente.

RIC. Si te pones así...

VAL. De la luna que sorprende la tiniebla oscura. Si fuera la tiniebla clara, ya sería otra cosa.

RIC, Lo que es criticando de esa manera...

VAL. Ricardo, por Dios!

RIC. Á ver qué tienes que decir de estos tercetos. (Leyendo.)

Ni, en fin, la luz de la alborada tierna
cuando saca la frente nacarada
por los cerros...

VAL. Já, já, já...

RIC. Qué... ¿la alborada no sale por los cerros?...

VAL. Sí, de Úbeda.

RIC. Lo que pasa aquí es que tú te crees un Séneca y todo lo encuentras abominable. No tendré tu talento; pero no creo que haya tanta diferencia. Y en cuanto á mundo... Yo he estado en París... y en sociedad me porto mucho mejor que tú.

VAL. Eso no, aunque volvieras á nacer cien veces.

RIC. Que no?

VAL. Primero, porque eres un insolente.

RIC. Valentin!

VAL. ¡Qué! (Pequeña pausa.)

RIC. Si no fuera porque te debo ocho mil reales...

VAL. Otra salida de pie de banco. (Bajando la voz.) Me debes más, me debes la honra.

RIC. Cualquiera tiene un azar desgraciado.

VAL. Pero no falsifica una firma.

RIC. ¿Qué había de hacer?

VAL. Lo que hiciste al fin y al cabo: pedirme todos mis ahorros y dejarme en situacion bien apurada por cierto. Ya sabes el número que he sacado en esta quinta extraordinaria. Tú como te redimiste á metálico hace cinco años...

RIC. Repito que ya sé que te debo...

VAL. Mira... está visto que no podemos entendernos.

RIC. Eres muy desconfiado.

VAL. Da gracias á que va á venir mi padre.
RIC. Y á mí qué me importa tu padre?
VAL. Oh!...
PEDRO. (Dentro.) Valentin!
VAL. Ah!.. No turbes la dicha de este momento, porque seré capaz de estrellarte.
RIC. ¿Á mí?
VAL. Á tí, sí, á tí, majadero.
PEDRO. (Más cerca.) Valentin!...
VAL. Ah!... (Viendo á su padre.) Gracias á Dios. (Abrazándole.) Ya estaba impaciente.

ESCENA V.

RICARDO, VALENTIN y D. PEDRO.

PEDRO. Pero, hombre, por qué no has ido á esperarme á la estacion? Yo desde Pozuelo, con medio cuerpo fuera de la ventanilla, queriendo tragarme á Madrid con los ojos, y tú... tú sin parecer por ninguna parte.
VAL. Yo sin darme cuenta de la hora en que vivíamos... Pero usted me perdona, verdad?
PEDRO. Cómo no, si te tengo entre mis brazos... Jé, jé, jé... Sabes que estás delgadillo... y pálido... Eso será...
VAL. La mala noche.
PEDRO. ¿Pasas malas noches?
VAL. Soy redactor de un periódico y tengo que aguardar á última hora...
PEDRO. Lo siento... pero en fin, si no hay otro remedio... Jé, jé. Vaya, vaya con mi Valentin... Jé, jé... Y la tia Juana?
VAL. Buena. Metida en su caseron de la calle del Sacramento sin acordarse del mundo para nada.
PEDRO. La pobre, desde que perdió á su hija Luisa... Y Ricardo, qué es de Ricardo?
VAL. Aquí le tiene usted.
PEDRO. ¡Calla!... Ingrato, ingraton, te estabas ahí sin darme un abrazo. (Abrazándole.) Pues qué, ¿no sabes que te

quiero mucho?

RIC. Sí, ya lo sé.

PEDRO. Jé, jé, jé...

VAL. Siéntese usted, padre.

PEDRO. No, al contrario, necesito estirar las piernas.

VAL. Y cómo deja usted á mi madre?

PEDRO. Mas derecha que un huso.

VAL. Y los tios?

PEDRO. Buenos. El canónigo cada vez más gordo y Roque... Roque cogiendo unas cosechas... Ah, por cierto que me ha dado un recuerdo para tí. (Acariciando á Ricardo en la barba.) Un recuerdo que ha de gustarte mucho.

RIC. Le ha dado á usted dinero?

PEDRO. Jé, jé, como lo ha acertado. El pobre quería obsequiaros á los dos; pero yo, á la verdad, como tú tienes carrera y te hallas en situacion desahogada, le dije:—hombre, no, todo para Ricardo. Mi chico, no es vanagloriarme, tiene...

VAL. Padre!

PEDRO. (Á Ricardo.) No, esto no es decir que tú seas tonto, no, hijo mio. Pero, en fin, como de este hablan los periódicos todos los dias y escribe de un modo tan...

VAL. Padre!

PEDRO. Sí, ya sé que no te gusta que te laven la cara. Pues bien, ello es que el tio Roque me ha dado seis onzas para tí.

RIC. Seis onzas?

PEDRO. De aquellas peluconas.

RIC. Las lleva usted ahí?

PEDRO. No, las he dejado en el equipaje.

RIC. (Gritando.) Ramon, Ramon.

VAL. ¿Qué vas á hacer?

RIC. Á decirle que vaya...

VAL. Pero acaso puedes tú disponer de los criados de esta casa?

PEDRO. No te impacientes, hijo mio. Pronto vendrá el mozo.

RIC. (¡Seis onzas!) (Váse á mirar por los cristales del balcon.)

ESCENA VI.

DICHOS, RAMON.

RAMON. Llamaban ustedes?

PEDRO. Yo conozco esta cara. Sí, no hay duda. Usted es el antiguo criado de mi primo...

RAMON. El mismo que viste y calza, señor don Pedro.

PEDRO. Venga un abrazo. (Volviéndose á Valentin.) Pero hombre, nada me has dicho...

VAL. Como hace poco que estoy en esta casa y siempre escribo á usted de prisa y corriendo,..

PEDRO. Pues si es como de la familia.

RAMON. Gracias, señor don Pedro.

PEDRO. ¿Y usted, qué es aquí?

RAMON. Mayordomo, administrador, portero... qué, sé yo cuantas cosas!

PEDRO. Válgame Dios las vueltas que da este mundo. ¿Quién había de decirme que andando el tiempo habíamos de reunirnos aquí los cuatro.

RAMON. Pues todavía no sabe usted lo mejor. El dueño de esta casa es antiguo conocido de usted.

VAL. ¿De mi padre?

RAMON. Yo no debía de decir nada, pero ya no puedo callar por más tiempo.

PEDRO. Ramon usted se equivoca: Yo no he tratado nunca gente tan encopetada.

RAMON. Pero si el señor Conde del Atajo es don Francisco Perdigon.

PEDRO. ¿Perdigon?... Hombre, yo conocí un Perdigon que fué zapatero.

RAMON. Pues ese... el hijo del zapatero.

PEDRO. (Santiguándose.) Ave María Purísima! ¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!... Si fué discípulo mio... Pero cá, si aquel era muy bruto.

RAMON. Pues ese.

PEDRO. Jessús, María y José. (Volviendo á santiguarse.) Pero no, imposible, si á aquel le he puesto muchas veces las orejas de burro.

RAMON. Pues ese... el de las orejas.

VAL. La verdad es que no encuentro motivo para tanto aspaviento en esto que ustedes dicen... Que el hijo de un zapatero llegue á conde, es hoy natural ascenso, si tiene merecimientos propios. Y extraño mucho que, siendo yo reaccionario y usted liberal de pura raza, sea el ménos asombrado...

PEDRO. Tienes razon, hijo mio.

VAL. Y en cuanto á las disposiciones naturales del Conde, tampoco es novedad que hayan sufrido trasformacion completa.

PEDRO. Es verdad. Yo en mi larga práctica he observado que así como hay flores que dan por todo fruto una calabaza, así hay calabazas que desaparecen para dejar espacio á una flor espléndida y hermosa.

RAMON. (Tirando á D. Pedro de la levita.) (Aquí sigue la calabaza.

PEDRO. Ya me lo figuro... pero por no disgustar á mi hijo...)

VAL. Yo hace poco que conozco al señor Conde. Es dueño y director de un periódico, supo mis aficiones y me trajo á su casa.

RAMON. ¡Ya lo creo!

VAL. Despues me ha honrado con su confianza.

RAMON. ¡¡Ya lo creo!!

VAL. Y no quiere que me separe de su lado.

RAMON. ¡¡¡Ya lo creo!!!

VAL. Por eso vivirá usted aquí conmigo. Yo, como es natural, quería ir con usted á casa de la tia Juana...

PEDRO. De suerte que el Conde no sabe quién es tu padre?

VAL. En Madrid cada cual va á su negocio sin preocuparse de abolengos ajenos.

RIC. (Con gran alegría.) El equipaje.

TODOS. ¿Eh?

RIC. Ya está aquí el equipaje... Voy á hacer que lo entren

en tu cuarto por la puerta del pasillo. ¡Seis onzas! (Váse precipitadamente.)

ESCENA VII.

VALENTIN, D. PEDRO y RAMON.

PEDRO. Pero, Dios mio, esta pobre criatura carece de recursos

VAL. No, lo que es recursos no le faltan.

RAMON. Lo que es recursos...

PEDRO. Ya; porque ustedes son muy buenos y le ayudarán en cuanto puedan. Yo tambien de vez en cuando le envio alguna friolerilla. Ya se ve; como mi Valentin, á Dios gracias, no necesita de su padre para maldita de Dios la cosa... (Valentin se encoje de hombros.)

RAMON. Pues yo, señor don Pedro, creo que hace usted mal en sacrificarse por su sobrino.

PEDRO. ¿Cómo qué hago mal? Pues qué, ¿he de consentir que el hijo de mi hermano pase privaciones?... No es verdad, Valentin, que hago perfectamente?

VAL. Todo lo que usted hace está perfectamente hecho.

PEDRO. (Á Ramon.) Usted olvida lo mucho que yo quería á m hermano?

RAMON. No, señor; pero...

PEDRO. Á él debo la escuela que felizmente desempeño hace treinta años. Un dia mis enemigos quisieron quitármela asegurando que me habían oido cantar aquello de

Pitita
bonita
con el pio, pio, pio, pon...

Falso, hijo mio, falso... Yo siempre he sido progresista.

VAL. Así está usted de lucido.

PEDRO. Sea lo que sea, yo quiero que protejas á Ricardo.

VAL. Con esa intencion le he presentado en esta casa.

PEDRO. Y que le coloques.

VAL. Ántes pediré para él que para mí.

PEDRO. Bendito seas, hijo mio... bendito seas... No, no pienses que voy á decirte nada. Ya sé que no te gusta. (Á Ramon.) Ha visto usted qué chico me ha dado el cielo?... (Compungido.) No, si yo no merezco tanta dicha... ya sé que no la merezco...

RAMON. Con permiso de ustedes, voy por allá adentro. Ya no debe de tardar el señor Conde...

PEDRO. (Regocijado.) Cómo se va á quedar cuando le diga que yo he sido su maestro.

VAL. (Despues de una pausa.) No, padre, no le diga usted nada. (D. Pedro, absorto, mira á Ramon.)

RAMON. No señor... no le diga usted nada...

PEDRO. ¿Por qué?

VAL. Pudiera disgustarle el recuerdo de aquellos tiempos.

RAMON. Yo me he guardado muy bien de decirle una palabra... (Saludando á D. Pedro.) Con su permiso... (¡Pobre hombre! No conoce el mundo.) (Váse por la puerta del fondo.)

ESCENA VIII.

VALENTIN y D. PEDRO.

PEDRO. ¿Pero qué tiene de extraño?...

VÁL. Mucho, por desgracia.

PEDRO. Segun eso debo callar mi nombre y...

VAL. De ninguna manera. Yo quiero que en esta casa se sepa quiénes somos y lo que somos.

PEDRO. Jamás había pensado ocultar mi posicion humilde.

VAL. Sería privarme de un orgullo legítimo.

PEDRO. Sería deshonrar mi noble magisterio.

VAL. Y deshonrarme á los ojos de la mujer que amo.

PEDRO. Cómo... tú amas?

VAL. Á la hija del Conde.

PEDRO. Ave María Purísima! ¿Á la hija del señor Conde? Pero, y Margarita?... aquella niña angelical con quien te has

criado?... Yo creí que eso era cosa hecha...

VAL. ¿Margarita?... Mucho la quiero, muchísimo. De niños jugábamos á los novios, bien me acuerdo. Pero esto no me obliga...

PEDRO. Ah, no, de ningun modo, qué disparate... ¡Pero si vieras cuánto te ama!

VAL. ¿Amarme? Bah, bah, usted cree que todo el mundo está muerto por mis pedazos.

PEDRO. Pues Margarita lo está. Y no pienses que perderías nada con darla tu nombre. Más bonita!... Todo en ella es dulce y modesto, hasta sus trenzas rubias, que bajan humildemente á besarla los piés... Y los ojos... dulces y extasiados, parece que siempre están contemplándote. ¿Y la boca?... Vamos, si no la hay igual en el mundo.

VAL. Como usted comprende, la hermosura no lo es todo. Hay dotes más halagüeñas.

PEDRO. Sí, aquella pobre no tendrá la educacion brillante de esta, ya lo comprendo... Y ademas, si tú la quieres...

VAL. Ah, con toda mi alma.

PEDRO. Entónces no hablemos más de Margarita. Y desde cuándo... desde cuándo te sientes picado de la víbora?

VAL. Hace pocas noches la Condesa dió una reunion literaria, y... No sé cómo contar á usted esto sin que parezca alarde ridículo.

PEDRO. Comprendo... la Condesa dió una reunion y tú leiste...

VAL. Á qué negar los hechos? Leí y tuve una de las satisfacciones más grandes de mi vida.

PEDRO. Y no estar yo presente para decir: este es mi hijo.

VAL. Atronadores aplausos me desvanecieron por un momento.

PEDRO. Estoy viendo el cuadro! Todos se levantarían á felicitarte...

VAL. Todos estuvieron tan expresivos, tan cariñosos... pero nadie tan cariñoso y tan expresivo como la hija del Conde.

PEDRO. Exactamente al revés que tu pobre madre. La primera vez que leí en la reunion del alcalde mi juicio crítico

sobre las obras de Horacio, se quedó dormida; y cuando la despertaron los aplausos, se fué á un rincon á concluirme unos calcetines. La pobre no tiene nada de impresionable.

VAL. Leonor tiene una alma candorosa.

PEDRO. Y ella está decidida?...

VAL. (Con recelo de que le vean.) Ayer, á hurtadillas de todos, me dió este retrato.

PEDRO. Hola! Eso en mis tiempos era una prueba...

VAL. Vea usted la expresion de ese rostro... ¿No es verdad que es muy bonita?

PEDRO. Muy bonita... Pero, Dios mio, por qué lleva dos vestidos?

VAL. Dos vestidos?

PEDRO. Sí, uno en el cuerpo y otro por el suelo. Y el caso es que mucho de lo de abajo hace falta para tapar algo de lo de arriba.

VAL. Es la moda.

PEDRO. (Picarescamente.) ¡Cómo se reirá el diablo de esta moda!

VAL. Silencio!

PEDRO. Qué?

VAL. Me parece que he oido... sí, el señor Conde llega.

PEDRO. (Azorado.) ¡Dios mio! el señor Conde!... Pensar que le habré dado tantas veces con la caña en la cabeza para que se estuviera quieto!)

ESCENA IX.

DICHOS, el CONDE y RAMON.

RAMON. (Presentándole una bandeja de plata.) Señor...

CONDE. (Leyendo entre dientes con displicencia enfática.) «El capitan general de Madrid... El duque de... El ministro »de Marina... El presidente del Consejo de Minis»tros...»

PEDRO. (Sopla!) (Arreglándose el vestido.)

CONDE. Ejem... Luégo irá usted á la embajada francesa á dejar tarjetas...

RAMON. Sí señor. (Saluda y váse.)

ESCENA X.

VALENTIN, D. PEDRO y el CONDE.

CONDE. Ejem, ejem...
PEDRO. (Tímidamente.) Servidor de vuecencia.
VAL. Señor Conde, tengo el gusto de presentar á usted á mi padre.
CONDE. Ah... muy señor mio... usted viene de...
PEDRO. Vengo de... de Minglanilla.
CONDE. (Sorprendido.) Conozco ese pueblo.
PEDRO. Vuecencia conoce...
CONDE. (Con desden.) Hace mucho tiempo que estuve en él.
PEDRO. Sí... ya me hago cargo.
CONDE. Apenas recuerdo...
PEDRO. Sería vuecencia muy chiquitito... muy chiquítito.
CONDE. Y usted es allí propietario?
PEDRO. No señor... soy el maestro de escuela.
CONDE. Ah... ya... bien, bien.
VAL. (Lo que yo sospechaba!)
PEDRO. (Viendo que el Conde le mira de soslayo.) (Dios mio... si recordará lo de las orejas!) Aprovechando los trenes baratos que hay para estas fiestas de San Isidro, he venido...
CONDE. Pues nada, nada tengo que decir á usted.
PRDRO. Mil gracias, señor Conde; ya sé lo bueno que es vuecencia.
CONDE. (Con volubilidad pedantesca.) Deje usted el tratamiento.
PEDRO. Pues bien, ya sé lo bueno que es usted para mi hijo.
CONDE. Ah... su hijo de usted es una persona...
PEDRO. Sí; ya me figuro...
CONDE. Y él... y yo...
PEDRO. Sí, y nosotros... (Parece que estamos dando leccion de gramática.)
CONDE. (Con énfasis, señalando á Valentin.) Me tiene muy satis-

fecho.

VAL. Mil gracias.

PEDRO. Será digno de la proteccion que usted le dispensa.

CONDE. La política es difícil.

PEDRO. Sí, debe de ser muy difícil...

CONDE. Pero cuando su hijo de usted se halle... se halle curtido...

PEDRO. Justo: cuando tú te halles curtido como el señor Conde...

VAL. Sí, ya comprendo...

PEDRO. No sabe usted lo que le estimo, señor Conde. (Conmovido, estrechándole las manos.)

CONDE. Bah... descuide usted, yo le protejo.

ESCENA XI.

DICHOS, RICARDO.

RIC. (En voz muy alta, abrazando al Conde.) Felices dias, señor Conde. Estoy buscándole á usted por todas partes para darle mi más cumplida enhorabuena. Qué discurso!...

CONDE. Phs! regular.

RIC. (Guiñando el ojo á D. Pedro.) (Tio, ya está el equipaje.) (Al Conde.) Cómo regular? magnífico. (Volviendo á guiñar el ojo.) (Vaya usted.)

PEDRO. (Algo incomodado.) (Pero hombre... (Guiñando tambien el ojo.) qué prisa tiene este chico de coger los cuartos.)

RIC. Pero vengo indignado... ¿Querrá usted creer que *La Prensa* dice...

CONDE. ¿Qué es lo que dice?

RIC. «El señor Conde del Atajo habló ayer en el Congreso de las armonías de Beethoven. Lo mismo pudo hablar de las coplas de Calainos.» ¿Ha visto usted qué desvergüenza?

PEDRO. (Efectivamente, es un desacato.)

CONDE. (Á Valentin.) ¿Qué dice usted de esto, de las coplas de Calainos?

VAL. Que usted no ha podido decir...

CONDE. No, yo he dicho...

VAL. Seguro estoy de que en sus apuntes no figuran Beethoven para nada.

RIC. Y aunque figure. Tratándose de armonías, me parece que Beethoven...

VAL. Pero como el señor Conde no trataba de música, sino de oconomía política, claro es que no vienen á cuento las armonías de Beethoven, si no las de Bastiat.

PEDRO. (Chúpate esa!)

RIC. ¿Y quién es ese Bastiat, algun musiquillo de tres al cuarto?...

VAL. (Al Conde.) Eso tiene contestacion fácil, señor Conde.

CONDE. Ah, por decontado: yo mismo se la dictaré á usted luégo.

RIC. Y si no aquí estoy yo para decir á ese papelucho lo que conviene. Pues no faltaba otra cosa.

PEDRO. (Pero con qué desparpajo habla esta criatura!)

COND. (Dentro.) Leonorita, Leonorita... ven y descansaremos en el despacho de papá.

RIC. La Condesa. (Váse á recibirla.)

PEDRO. (Azorado, arreglándose otra vez el traje.) (La Señora Condesa.)

ESCENA XII.

DICHOS, la CONDESA y LEONOR.

RIC. Á los piés de ustedes.

COND. Ay hijo, vengo molida. (Se sienta.)

LEONOR. Y yo muerta. (Se sienta.)

COND. ¡Cómo están esas calles!... Estas fiestas populares me desesperan, me aburren... (Al Conde, que estará paseándose al fondo ó leyendo un periódico.) Mira, Currito, basta de *San Isidros*. Otro año no cuentes con nosotras. Verdad, Leonorita?...

LEONOR. Madrid se pone imposible.

COND. Como que no se ven mas que *sobrinos de la tia Javiera*

por todas partes.

LEONOR. Y qué mareo!

COND. No hay tiempo para nada. Á las nueve fuimos á misa; despues á casa de Honorina, que no tiene palabra mala ni obra buena; despues á ver el *trousseau* de la chica de Orenzana, que es horrible, y al hotel de Angelita Ortega, á ver si cede ó no cede el turno del Real. Despues... ¿qué hicimos despues?... Ah, sí, ya me acuerdo: fuimos á casa de Nené que está inconsolable con la muerte de su abuelo; tanto, que se ha empeñado en que la acompañemos esta noche al Circo de Price, á ver si se distrae un poco; y ya en casa de Nené, subimos á decir á la de Tarazona que esta noche iremos juntas al baile de la duquesa. Despues compramos unas friolerillas... y despues,... cá, despues ya no hemos tenido tiempo más que para ir á la junta de socorros de los pobres de la parroquia, y al apartado de los toros.

PEDRO. (Pues es una pequeñez lo que han hecho estas señoras!)

RIC. ¿Y qué tal los bichos?

COND. Ay, no me hable usted de ellos. Vengo entusiasmada. Qué toros!—eh, Leonorita. Hay uno berrendo en negro, aquel que citó Frascuelo.

LEONOR. Sí, ya me acuerdo.

COND. Figúrense ustedes que arrancó hácia nosotros, y nos olfateó... y luégo hizo ¡muuu!... Ay qué miedo... yo no sé lo que me dió al verle tan cerca.

PEDRO. (Zape!)

COND. (Á Ricardo.) Usted irá.

RIC. Pues no!... á barrera.

LEONOR. Ricardo está abonado.

PEDRO. (Abonado?)

COND. (Á Ricardo.) Ah, tengo que dar á usted la enhorabuena Ricardito.

LEONOR. Es verdad, y yo tambien.

COND. Qué soneto tan precioso.

LEONOR. No sabía que usted fuera poeta.

COND. Valentin no nos ha dicho nada.

VAL. Es que yo tampoco lo sabía, señora.

LEONOR. Es una composicion divina.

COND. Preciosísima. Mi marido apenas la leyó, dijo: á este chico hay que condecorarle.

RIC. Cómo... será posible?

LEONOR. (Al Conde.) Papá, has pedido al ministro de Estado la encomienda para Ricardo?

CONDE. Mañana me enviarán el diploma.

RIC. Tanta bondad... (Mirando con recelo á Valentin.) (Dios mio, si éste dice algo soy perdido.)

VAL. Excuso decirte que me alegro mucho. (Le estrecha la mano.)

RIC. (Receloso.) (Pero tú...)

VAL. No seas niño... Cuando te digo que me alegro mucho... (Valentin lleno de alegría habla con la Condesa y Leonor, las cuales le felicitan calurosamente.)

PEDRO. (Cogiendo de los hombros á su hijo y mirándole fijamente.) (Á tí te habrán dado ya el Toison de oro...

VAL. Jé, jé, jé.

PEDRO. ¿Nó estás condecorado?

VAL. Con sus brazos de usted, le parece á usted poco?

PEDRO. Pero...

VAL. Bah... quién hace caso de eso... (Siguen hablando.)

COND. y LEONOR. (Con curiosidad.) Quién es este señor?

RIC. Un infeliz... un pobre hombre.

COND. Pero quién es?...

VAL. Señora Condesa: ya que el Conde no lo hace, ruego á usted me permita presentarle á mi padre, don Pedro de Acuña.

COND. Ah, tengo mucho gusto en conocerle.

PEDRO. Mil gracias, señora.

COND. Siéntese usted á mi lado.

PEDRO. Mil gracias. (Titubeando.)

LEONOR. Pase usted por delante.

COND. Pase usted.

PEDRO. Mil gracias... señorita... (Se sienta.)

COND. Estará usted cansado del viaje.

PEDRO. No señora.

COND. Viene usted de muy léjos?

PEDRO. De Minglanilla.

COND. Qué casualidad... el pueblo de mi marido... ¿Oyes esto?

CONDE. Sí, ya hemos hablado... Ejem! (Sigue leyendo.)

COND. En Minglanilla vive un Acuña muy rico.

PEDRO. No soy yo... ese es mi primo Roque... Yo soy maestro de escuela hace cuarenta años.

LEONOR. ¡Cuarenta años!

COND. Ay pobre!... le compadezco á usted.

PEDRO. Hace usted perfectamente.

COND. Cuarenta años peleando con chiquillos!... Cuánto zoquete habrá usted tenido.

PEDRO. Alguno.

COND. Y ahora que caigo... usted habrá sido maestro de mi marido... Á que salimos ahora con que este señor te ha dado azotes.

PEDRO. Quién, yo?

COND. Já, já, já...

PEDRO. Cómo había de atreverme... yo, al señor Conde!...

COND. Tendría gracia.

CONDE. Ejem. (Sin dejar de leer.)

LEONOR. Pero mamá... que son las tres.

COND. Huy... y la corrida empieza á las cuatro en punto. No tenemos tiempo para nada. (Á D. Pedro.) Usted vendrá con nosotras.

PEDRO. Yo?

COND. No hay remedio... Tenemos que divertirle. Verdad, Valentin?

VAL. Si usted es tan amable...

COND. Tomaremos un *lunch*, porque ya no hay tiempo de almorzar en toda regla. No le parece á usted?

PEDRO. Un lonch? Bien, lo tomaremos... (No sé lo que es, pero aunque reviente.)

COND. Se lo llevarán á usted á su cuarto. (Al Conde.) (Que enganchen el landó y la berlina, eh, Currito?

CONDE. Engancharán. (Yendo por la puerta del fondo.) Ejem.

ESCENA XIII.

VALENTIN, D. PEDRO, RICARDO, la CONDESA y LEONOR.

COND. Vamos, niña, vamos; ya no tenemos tiempo de vestirnos.

LEONOR. No, mamá, qué disparate.

COND. Y yo que tenia un traje con los colores de la divisa! Le digo á usted, señor don Pedro, que aquí no hay tiempo para nada. Vamos, niña. (Á D. Pedro.) ¡Verá usted qué quinto toro! (Á Ricardo.) No se vaya usted, Ricardito, le llevaremos. (Á Valentin.) Usted como siempre... uff, qué demonio de política. Vamos, niña. Hasta ahora, señor don Pedro, hasta hora.

PEDRO. Á los piés de usted, hasta, hasta... (Volviéndose á Ricardo.) Es simpática esta señora.

LEONOR. (Rápido á Valentin.) Procura sentarte á mi lado.

VAL. Hija, si no puedo ir; si estos malditos periódicos...

LEONOR. ¿Que no vas? Pues hemos concluido.

VAL. Leonor!... (Levantándose.)

LEONOR. Hemos concluido. (Váse por la misma puerta que la Condesa. Valentin se queda en el umbral siguiéndola con la vista.)

VAL. Leonor!

ESCENA XIV.

VALENTIN, D. PEDRO y RICARDO.

RIC. Vamos, tio, que se le pasea á usted el alma por el cuerpo... Tiene usted que arreglarse un poco; yo le ayudaré á usted.

PEDRO. Sí, sí; pero yo quisiera excusarme de ir á esa fiesta.

RIC. Excusarse? Uff, cómo se pondría la Condesa.

PEDRO. Pues señor, vamos; desde que me ha convidado á los

toros me estoy viendo cogido por todas partes. (Vánse D. Pedro y Ricardo por la izquierda.)

ESCENA XV.

VALENTIN.

¡Hemos concluido!... Ah, si estas palabras hubieran brotado de su corazon me matarían... Pero no: son hijas del despecho, del cariño... ¡Benditas sean!... La verdad, es que hoy podría ser muy dichoso. Estar á su lado toda la tarde en vez de escribir cuartillas... Pero, qué digo? Acaso no es este el escalon para poseerla? Adelante, amigo Valentin, pluma en mano y á conquistar la plaza en noble y honrosa lucha. No quiero gollerías. Cuando me la concedan será porque la haya ganado legítimamente. Á trabajar, al yunque. En el yunque se ablanda el hierro. Yo ablandaré el orgullo de su padre. (Se sienta á escribir.)

ESCENA XVI.

VALENTIN, RICARDO.

RIC. Já, já, já, tu padre está que no sabe lo que le pasa.

VAL. Aturdido, eh?

RIC. Como que no ha ido á ninguna corrida de toros. Y pregunta unas cosas!...

VAL. Pobre!...

RIC. (Sacando una onza y mirándola de reojo, despues de asegurarse que Valentin sigue escribiendo.) *Carolus Hispaniarum Rex*... Qué pocas quedan de estas. La verdad es que yo debía... (Observando á Valentin.) ¿Á quién se le ocurre sacar el número uno en esta quinta extraordinaria? (Vacilando.) No... Estas onzas que tienen prima no deben darse á los primos... Pues señor, voy viento en popa. Pasaré la tarde á su lado y podré hacerle una declaracion amorosa con todas las reglas del arte. Con esto y con haber conseguido que Lagartijo le brinde un

toro, ¿quién podrá disputarme su cariño? Si yo tuviera el talento de Valentin... Pero no puedo con el estudio... vamos, que no me entra. Y acaso me hace falta? ¿Pues qué, con esta figurita y dos trajes que voy ahora á comprarme;... (Tomando una actitud chulesca.) Peff. Vengan penas. (Cantando.) *Vámonos á la corrida.*

ESCENA XVII.

DICHOS, la CONDESA y LEONOR.

COND. Sí, vamos, vamos. (Comiendo un emparedado.) No dirá usted que hemos tardado.

RIC. Ni visto ni oido.

COND. ¿Quiere usted uno?

RIC. (Con la boca llena.) Muy rico. (Leonor se habrá dirigido á mirarse á un espejo. Ricardo y la Condesa siguen hablando.)

ESCENA XVIII.

DICHOS y el CONDE.

CONDE. Ejem!... Ejem!...

VAL. Señor Conde, el artículo de fondo de mañana, si se confirma la crísis, es delicado, y desearía...

CONDE. Bien, bien, usted verá... Yo estoy abrumado con tantas cosas.

VAL. Tambien quisiera que me dictase usted la contestacion de que me habló ántes.

CONDE. Sobre...

VAL. Sobre eso de... las armonías de Beetovhen.

CONDE. Ah, sí... bien. Escriba usted.

VAL. Cuando usted guste.

CONDE. Señor director... etc.

VAL. ¿Comunicado? Mejor sería un suelto.

CONDE. Escriba usted.—«Muy señor mio.»

VAL. Muy señor mio.

CONDE. Muy señor mio... y amigo.
VAL. Y amigo.
CONDE. «Muy señor mio y amigo... Ejem... Muy señor mio y amigo.. de toda mi consideracion y aprecio.»
VAL· Y aprecio.
CONDE. Ejem... Bien, ahora que ya tiene usted una idea puede usted...
VAL. (Mirándole con asombro.) ¡Demonio!

ESCENA XIX.

DICHOS, RAMON.

RAMON. Cuando vuecencia guste.
COND. Vamos, no tenemos tiempo que perder. (Á Ricardo.) Usted dará el brazo á Leonorita. (Al Conde.) Tú irás en la berlina con don Pedro. Pero, y don Pedro, dónde está don Pedro?

ESCENA XX.

DICHOS, D. PEDRO.

PEDRO. (Con leviton, sombrero y baston adecuados.) Dispense usted, señora, si mi traje no es á propósito.
COND. Quién se fija en eso?
RIC. Tio, va usted á ir en berlína.
PEDRO. Creo que sí.
COND. (Cogiendo á D. Pedro del brazo.) ¿Cree usted que veremos salir los chicos?
PEDRO. Los chicos de la escuela?
COND. No, hombre, no... já, já...
TODOS. Já, já.
LEONOR. Adios, Valentin; que usted se divierta.
RIC. Adios, Valentin. (Dando el brazo á Leonor.)
PEDRO. Pero qué... ¿mi hijo no viene?
VAL. Otro dia!...
CONDE. Tiene que explanar una idea que acabo de darle...
COND. Bien puede usted estar orgulloso de su hijo... ¡Qué

talento!

TODOS. ¡Ah, sí! Qué talento!... Tiene mucho talento!

PEDRO. Sí, sí, mucho talento; pero... todos se divierten ménos él... (Volviendo la cabeza.) Adios... adios, hijo mio. (Pisando ó tropezando á la Condesa.) Ah, usted dispense... Adios, hijo mio... (Voy á los toros rabiando.) Este final animado. Los personajes hablarán casi al mismo tiempo. Valentin seguirá escribiendo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. PEDRO y RAMON.

RAMON. Y dígame usted, señor don Pedro; ¿qué tal la fiesta de toros?

PEDRO. Hombre, le diré á usted: la fiesta en su principio, maravillosa. Aquel abigarrado conjunto me produjo efecto extraordinario. La luz, espléndida; la animacion, creciente; la gracia, espontánea y bulliciosa; la libertad ámplia y todos los poros abiertos á la alegría. Luégo, perdóneme mi pobrecita mujer, pero yo no he visto plantel más hermoso en todos los dias de mi vida. ¡Qué derroche de gracia y donaire! ¡Qué mantillas! Qué ojos!

RAMON. Vamos, señor don Pedro...

PEDRO. Y no le digo á usted nada del momento deseado en que aparece en la candente arena la deslumbradora cuadrilla. Aquel gallardo paseo á los acordes de la marcha de *Pepe-Hillo* y al compás de atronadores aplausos hace latir el corazon con golpe redoblado y deja el alma embebecida y absorta, Ah! parece aquel un cuadro de Goya suspendido del azul del cielo... Despues la escena

varía por completo... En fin, si los españoles no tuviéramos cosa peor que las corridas de toros, podríamos darnos por satisfechos.

RAMON. Tiene usted razon, señor don Pedro. Y hablando de otro asunto, ¿qué tal el señor Conde?

PEDRO. Phs... bien, bien.

RAMON. Le ha hablado á usted de aquellos tiempos?

PEDRO. Ni una palabra.

RAMON. (Dándole en el hombro.) ¡Digo!

PEDRO. Pues me extraña mucho. Si yo llegára á la cumbre me gustaría hablar del llano.

RAMON. Ya, porque usted es un caballero en toda la extension de la palabra.

PEDRO. Me parece que el señor Conde...

RAMON. Sí, pero usted lo ha mamado.

PEDRO. Sí, pero he venido muy á ménos.

RAMON. Cuando el bolsillo de un hombre de raza viene á ménos, su espíritu sube á más. Lo tengo observado.

PEDRO. De cualquier modo, merece respeto quien sin abolengo calificado llega á tal altura.

RAMON. No, señor.

PEDRO. ¿Qué no?

RAMON. El Conde heredó de su padre...

PEDRO. No hablemos del padre del Conde. Allá se las habrá visto con el que todo lo juzga.

RAMON. Lo demas lo ha hecho el cocinero.

PEDRO. ¿Cómo el cocinero?

RAMON. Sí, señor. Venga usted á Madrid con unos cuantos millones de reales; ponga usted una casa espléndida y dé usted de comer bien á la gente, y si ántes de poco no es usted conde, ó poco ménos, que me emplumen.

PEDRO. Veo que se ha maleado usted mucho.

RAMON. Aquí hay dos aristocracias: la legítima y la de pega... La de esta casa es de pega.

PEDRO. ¡Ramon!

RAMON. Estos nobles improvisados son insoportables.

PEDRO. ¡¡Ramon!!

RAMON. Y aquí no es oro todo lo que reluce. (Bajando más la voz.) El mejor dia el trueno gordo.

PEDRO. Usted no debe hablar así de sus amos.

RAMON. Ya le he dicho á usted que estoy de ellos hasta la coronilla. El dia que ajustemos cuentas me marcho de esta casa para siempre.

PEDRO. Pero mientras esté usted en ella su deber es honrarla y respetarla. En cuánto á mí, no puedo consentir que se ridiculice al hombre que me permite estar al lado de mi hijo. Esto repugna á mi caracter.

RAMON. Y á mí me repugna que el Conde no reconozca á su antiguo maestro y la Condesa no hable de su antigua amiga doña Juana, su prima de usted.

PEDRO. Sabe Dios lo que nosotros haríamos en lugar suyo. Ademas, yo no me fijo en tales miserias. Vea llegar á Valentin á la altura que merece...

RAMON. Pero como no llegará...

PEDRO. ¿Cómo que no llegará?

RAMON. No, señor; los cocineros no pasan de cocineros.

PEDRO. Poco á poco. Mi hijo...

RAMON. Su hijo de usted condimenta y sazona riquísimos artículos y discursos cuya sustancia engorda al Conde y nada más que al Conde.

PEDRO. Está usted equivocado.

RAMON. Usted no conoce el mundo.

PEDRO. El mundo entero encomia el mérito de Valentin.

RAMON. Como de tantos otros que se están muriendo de hambre.

PEDRO. Mi hijo no está en ese caso.

RAMON. Pero va camino de ello.

PEDRO. ¿Piensa usted que es maestro de escuela?

RAMON. No señor, pero...

PEDRO. No hay pero que valga. Repito, Ramon, que se ha maleado usted mucho.

ESCENA II.

DICHOS y RICARDO, en traje flamante de paseo.

RIC. (Rápido y con calor.) ¡Soberbio! ¡Magnífico! ¡Piramidal! ¡Qué artículo de fondo! Ha producido un efecto sorprendente.

PEDRO. ¡Cómo! ¿El artículo de fondo que ha tenido á Valentin toda la noche en vela?

RIC. Sí, el que ha inspirado el Conde.

PEDRO. Y qué? (Sumamente regocijado.) Todos se hacen lenguas del autor, y dicen...

RIC. Ah, sí, todo el mundo dice que es hombre que vale.

PEDRO. (Á Ramon.) ¿Lo ve usted? Todo el mundo lo dice.

RIC. Y que bajo esa apariencia pausada y grave...

PEDRO. No, modesta, verdaderamente modesta.

RIC. Se trasluce al político sagaz y astuto...

PEDRO. Mejor diría yo intuitivo...

RIC. Que pone el dedo en la llaga.

PEDRO. Eso sí: yo creo que percepcion clara la tiene.

RIC. Y yo lo he proclamado á voz en grito por todas partes.

PEDRO. Gracias, Ricardito, gracias.

RIC. Ya es hora de que se haga justicia al Conde. (Con petulancia.)

PEDRO. Eh? (Volviéndose á Ramon.)

RAMON. ¿Lo ve usted? Los cocineros... no pasan de cocineros.

PEDRO. ¿Conque tú te referías al Conde?

RIC. ¿Pues por quién habia yo de manejar el incensario? (Accionando.)

PEDRO. Francamente, creí que te referías á tu primo. El Conde, no le quito su mérito, pero hasta ahora no ha dado pruebas... Un señor que no escribe, que apenas habla...

RIC. ¿Y usted sabe el talento que puede tener un hombre que no habla ni escribe?

PEDRO. (Á Ramon.) Pues señor, no lo entiendo.

RIC. Pues si el Conde habláral... Uff!...

PEDRO. Vamos, sí, esto me recuerda lo del órgano... Un órgano

muy grande que había en una iglesia. Cuando los forasteros querían oir sus voces para cerciorarse de su mérito, decía el sacristan: «Uff!... ¡Pues si esto sonára!!»

RIC. Valentin es redactor de un periódico.

PEDRO. Pues porque es redactor.

RIC. Sí, pero el Conde es propietario.

PEDRO. Sí, pero mi hijo se pasa las noches pegado á esa mesa.

RIC. Sí, pero el Conde está detrás de la cortina.

PEDRO. ¿Y qué? Así estoy yo muchas veces atisbando lo que hacen los muchachos... y no le doy importancia ninguna.

RIC. (Con petulancia.) Bah, bah, bah... Bien se echa de ver que usted no está al tanto de la política candente y que desconoce el mecanismo interno de la política militante.

PEDRO. (Remedándole.) Pi, pi, pi, pi. (Volviéndose á Ramon.) ¿Ha visto usted desfachatez semejante? Un niño que no sabe restar.

RAMON. Ah, sí señor, lo que es eso... Sus padres le dejaron cincuenta mil duros y ya no tiene una peseta... Vaya si sabe restar.

ESCENA III.

DICHOS y VALENTIN.

VAL. (Agitado.) Ricardo, toma, lleva este alcance á la redaccion. No te detengas; va á salir número extraordinario y conviene formar la opinion respecto de la personalidad del Conde... (Ricardo se detiene á leer el suelto.)

PEDRO. ¡Valentin! (Abrazándole.)

VAL. Buen dia de batalla, querido padre.

PEDRO. Vienes sofocado.

RAMON. ¿Quiere usted agua?

PEDRO. No, que podría hacerle daño.

RIC. ¡Hay crisis! ¡Oh dicha!

VAL. La victoria ha sido completa. Anoche presentó su dimision el ministerio, y á estas horas puede darse por

constituido el nuevo gabinete...

PEDRO. ¿Y el Conde?

VAL. Probablemente le ofrecerán la cartera de Fomento, que es la única que está vacante.

RIC. ¡Ministro de Fomento! (Con júbilo extraordinario.)

PEDRO. ¡Ministro de Fomento! (Con asombro.)

RAMON. ¡Ministro de Fomento! (Con sarcasmo.) Voy á sacar los avíos de matar.

PEDRO. ¿Eh?

RAMON. El frac, la corbata blanca, etc.

PEDRO. Ah, me había usted asustado... (Al llegar Ramon á la puerta del fondo, aparece en ella el Conde. Ramon le hace una reverencia y váse. El Conde penetra en escena. Sensacion consiguiente.)

ESCENA IV.

D. PEDRO, VALENTIN, RICARDO y el CONDE.

CONDE. Ejem.

RIC. Que sea enhorabuena, querido Conde. Ya hemos triunfado.

PEDRO. (¡Cómo le trata!) (Á Valentin, con el cual sigue hablando.

CONDE. No, todavía...

RIC. Voy á escape á la redaccion á llevar este suelto.

CONDE. Á ver... (Despues de leerle) Muy hábil, muy oportuno.

RIC. No, no es cosa. (Á media voz.) Lo hemos hecho en un momento.

CONDE. Bien, Ricardito, muy bien.

RIC. Mil gracias.

CONDE. (Sentándose al otro extremo en que están D. Pedro y Valentin.) Ejem.

RIC. (Dónde encontraré á la Condesa para pedirla un destino? Ah, ya sé: en ambos cuerpos colegisladores. (Váse.)

ESCENA V.

D. PEDRO, VALENTIN y el CONDE.

VAL. ¿Se le ocurre á usted algo, señor Conde?

CONDE. Nada.

VAL. (Estoy que no puedo tenerme.) (Se deja caer en un sillon.)

PEDRO. (Tímidamente.) Señor Conde... Valentin me ha dicho la fausta nueva... y me apresuro á felicitar á usted sinceramente...

CONDE. Gracias... Ejem...

PEDRO. Dios ilumine á usted en la importante mision que Su Majestad va á confiarle. Dichoso el hombre que puede contribuir á la felicidad de su patria... No... y el ministerio de Fomento es el llamado á realizar nuestros más bellos ideales;... porque estando á su cargo la agricultura, la industria, el comercio y la instruccion pública... Sobre todo la instruccion... Vuecencia no sabe, señor ministro, cómo está la instruccion por esos pueblos... Y no lo digo porque á mí me deban siete años de haberes, no señor... Tengo catorce discípulos de pago, que, á dos pesetas mensuales, me dan bastante para... sí, para... Pero lo digo por el abandono en que se nos tiene... Somos unos verdaderos párias, señor ministro, y... (No me escucha... Es claro... ¿quién soy yo para decirle?...)

CONDE. (Pero qué hace el general Lopez que no me llama?)

PEDRO. (Demasiado meditará en sus planes regeneradores... Nada... voy al correo á ver si tengo carta de mi mujer, que ayer no me ha escrito y ya me tiene con cuidado.) (Saludando.) Señor ministro... (Nada... no me hace caso...) Valentin...—Pobrecito de mi alma... se ha dormido! No es extraño; toda la noche sobre las cuartillas... Pero al fin va á tener la recompensa que merece. (Le da un beso en la frente.) ¡Dios le bendiga!... Si le hicieran director general de instruccion pública, le diría

que mandara arreglar aquellos bancos, que ya no son bancos... y aquellas mesas, que tampoco son mesas, (Volviendo á saludar.) Señor Conde... (Dios mio!... estará pensando en aquel tiempo?... Pero si yo hubiera sabido que iba á llegar á ministro, cómo es posible que me hubiera atrevido á ponerle?... (Mirando con fruicion á Valentin y al Conde.) Ahora se quedan solos... y Valentin le dirá... es claro... y el Conde le ofrecerá... Cierto que á mí me trata con mucho despego... pero qué hemos de hacerle!... Véale yo feliz... y lo demas... lo demas poco importa. De qué servimos los viejos, si no sabemos sacrificar nuestro amor propio en provecho de nuestros hijos?... (Váse.)

ESCENA VI.

VALENTIN y el CONDE.

CONDE. (Dando un puñetazo sobre el brazo del sillon.) Pues, señor... no sé en que piensa el general Lopez.

VAL. (Despertando.) ¿Qué?—Ah, dispense usted, señor Conde... (Levantándose.) Estaba soñando que le ofrecían á usted la cartera de Marina. Se sueñan unas cosas tan raras...

CONDE. (Levantándose.) Pues qué, me juzga usted incapaz de desempeñar el ministerio de Marina?

VAL. No, señor; pero creo que usted no ha pensado...

CONDE. Pues sepa usted que si me le ofrecieran lo aceptaría.

VAL. Sabe usted, señor Conde, que yo respeto siempre sus decisiones.

CONDE. (Es preciso ir pensando en alejar de aquí á este caballerito, porque él y su padre comienzan á serme molestos.)—Valentin.

VAL. Señor Conde...

CONDE. Usted es un muchacho de talento...

VAL. Me favorece usted demasiado, señor Conde.

CONDE. Usted es un muchacho de talento, que ha entrado en mi casa á servirme... á la espectativa de un destino.

VAL. De un destino precisamente, no, señor Conde: con el deseo de llegar á ese difícil palenque donde brillan tantos oradores, y donde mi fantasía ha fijado todos sus sueños de gloria... Quizás mis pretensiones son exageradas, lo comprendo;... pero tengo ¡tanta necesidad de ser ambicioso!

CONDE. Sí, pero como yo no estoy en el caso de apadrinar... exageraciones.

VAL. (Profundamente herido y sin saber qué contestar.) Usted creo?

CONDE. Creo que la primer necesidad es comer, y en este sentido lo que á usted le hace falta es un sueldo...

VAL. (Dominándose.) Como usted guste.

CONDE. Á usted le convendría vivir con su padre?

VAL. Esa pregunta, señor Conde...

CONDE. Bien... Todo puede arreglarse. Lo malo aquí es que aquel pueblucho ofrece tan poco... Phs... (Como quien ofrece una gran cosa.) ¿Quiere usted ser administrador de Rentas de Minglanilla?

VAL. (Sonriéndose amargamente.) Muchas gracias, señor Conde.

CONDE. ¿Le parece á usted poco?

VAL. Tal vez es más de lo que yo merezco.

CONDE. Entónces...

VAL. Señor Conde... no se preocupe usted de mí por ahora;... ya hablaremos otro dia...

CONDE. No, es que yo quiero dejar arreglada esta cuestion... Como usted comprenderá... no ha de estar usted toda la vida en mi casa.

VAL. Ah!... Señor Conde,... usted me ofende.

CONDE. Yo?...

VAL. Me está usted tratando de una manera injusta, sí, muy injusta. No me refiero al más ni al ménos conque usted quiere pagar mis servicios... Valen tan poco, que ni siquiera merecen el regateo que usted les otorga... Pero la forma, el tono con que me dispensa usted sus favores son de tal suerte despreciativos y humillantes que... permítame usted que únicamente los atribuya á

fascinacion de mis sentidos. (El Conde hace un gesto de impaciencia.) Sí, permítamelo usted, señor Conde... Seis meses hace que trabajo noche y dia sin otra recompensa que la esperanza... no me la quite usted, porque al fin es un sueldo muy hermoso.

CONDE. Parece que se sube usted á mayores!...

VAL. Pues si el respeto no trabara mi lengua... si una voz querida que está constantemente resonando en mi alma.

CONDE. Hola, hola, hola!...

VAL. No sé mentir.

CONDE. Ya pareció aquello.

VAL. No pensaba ocultarlo.

CONDE. ¿Piensa usted que yo no he comprendido?...

VAL. Sirvo tan poco para el disimulo!...

CONDE. Hace tiempo que penetro sus intenciones...

VAL. Y sin embargo, hasta hoy no se ha mostrado usted inexorable conmigo.

CONDE. ¡Pues es una pequeñez la pretension del niño!... Querer penetrar en mi familia... así... de buenas á primeras... como quien no dice nada.

VAL. ¿Acaso sería una deshonra?

CONDE. Sería un absurdo.

VAL. Señor Conde...

CONDE. ¡Amar á mi hija!

VAL. Con toda mi alma.

CONDE. ¿Y usted se atreve?

VAL. ¿No se atreve usted á ser ministro de Marina?... Pues absurdo por absurdo, nada tenemos que echarnos en cara...

CONDE. Valentin!...

VAL. Perdone usted, señor Conde... no sé lo que me digo.

CONDE. (Muy atufado.) Está bien.

ESCENA VII.

DICHOS, LEONOR y la CONDESA.

LEONOR. (Dentro.) Aquí está... (Saliendo á escena.) Que sea enhora-

buena, papá, que sea enhorabuena... Todos nos han felicitado... Pero qué tienes?... Estás sombrío...

ONDE. Nada.

LEONOR. Huy, que gesto!...

COND. (Muy sofocada y abanicándose.) ¡Qué pico el de ese hombre!... ¡Ay, qué pico!... Parece mentira que quepan tantas palabras en una sola cabeza. (Á Valentin.) ¿Usted no ha estado en la sesion de esta tarde?

VAL. No, señora.

COND. Ah... pues ese hombre ha estado como nunca. Empezó con la vocecita de siempre y luégo siguió hablando gordo y gordo y cada vez más gordo, y aquello concluyó por ser una tempestad deshecha. ¡Qué período aquel cuando habló del monte Sinaí á propósito de los presupuestos.

LEONOR. No, mamá, á propósito de la libertad de cultos.

COND. Ah, sí, es verdad; que el de los presupuestos fué tu padre. Pero hombre ¿qué idea te dió de hablar despues?... Gracias que fueron cuatro palabras y te dejaron solo. . Yo tuve un choque con la marquesa de Anduaga por cierta sonrisita burlona, y estuve á punto de... pero me contuve porque tenía que ir al Senado.

L ONOR. Mamá, papá está de mal humor.

COND. No lo creas, disimula. Cuando los políticos llegan á ministros hacen como que se resignan. Conque señor ministro, cuando usted guste.

CONDE. Hoy no salgo.

COND. Pues ¿quién nos va á llevar á dar el pésame á las de Ortega, á comer con la duquesa, luégo al teatro y despues al baile de la embajada?

CONDE. No sé; pero hoy no salgo. Ejem... ejem... (Váse por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA XVIII.

VALENTIN, LEONOR y la CONDESA.

COND. Leonorita, te prohibo que te cases con un hombre de

talento. Desde que dicen por ahí que tu padre lo tiene, ya lo ves, está insufrible...

ESCENA IX.

DICHOS y RICARDO.

RIC. (Con gran alborozo.) Vengo sin aliento, querida Condesa, para dar á usted las más expresivas gracias. He visto al ministro de la Gobernacion y me ha dicho que quedará usted complacida.

LEONOR. No estará usted quejoso de nosotros.

COND. Así sirvo yo á los amigos.

LEONOR. Más eficacia no cabe.

COND. Valentin, dele usted la enhorabuena.

VAL. Con todo mi corazon.

COND. Ya puede decirse que está usted colocado...

VAL. Mi padre va á tener una gran alegría.

COND. El ministro se empeñaba en que fuese de secretario y yo le he dicho que de gobernador ó nada.

RIC. Pues no faltaba otra cosa. (Leonor se mira al espejo de vez en cuando y se arregla el vestido.)

VAL. (Asombrado.) ¿Te van á hacer gobernador?

COND. De Guadalajara; para que nos mande bizcochos borrachos.

LEONOR. Y para que esté cerca de los amigos.

COND. (Á Valentin.) Usted no sabe el cariño que le ha tomado mi marido á Ricardito. (Siguen hablando.)

LEONOR. (Á Ricardo.) Por cierto que papá no sabe nada. Voy á decírselo. Hasta ahora. (Corriendo hácia la primera puerta de la derecha.)

RIC. No se olvide usted que esta noche bailamos el primer rigodon.

LEONOR. Ya le tengo á usted apuntado. (Váse.)

ESCENA X.

VALENTIN, la CONDESA y RICARDO.

RIC. (Á la Condesa.) Contando con que usted me presentará á la duquesa.

COND. Ya le he dicho á usted que sí, no sea pesado. (Sigue hablando con Valentin.)

RIC. (Frotándose las manos.) (Ahora sí que voy viento en popa. Aquel brindis en la corrida de la otra tarde fué de un efecto indescriptible. ¡Pues y la moña que voy á regalarle á la madre!... ¡Y la cabeza de toro que voy á regalarle al padre! La octava cabeza del toro que ha cogido á Frascuelo. Pero esto lo dejo para más adelante. Con esta cabeza me hacen subsecretario.)

COND. (Á Valentin.) ¿Y usted?

VAL. ¿Yo? bueno, gracias.

COND. No; quiero decir en qué piensa usted.

VAL. Ah, en muchas cosas, señora!...

COND. Ya le habrá dado á usted mi marido una buena breva.

VAL. Breva precisamente...

COND. Qué es ello?

VAL. Me ha ofrecido la administracion subalterna de Rentas estancadas de mi pueblo.

COND. Hombre, qué atrocidad, eso es muy poco. Verdad, Ricardito?

RIC. Phs... no es mucho.

COND. Yo le diré...

VAL. Ruego á usted que no le diga una palabra.

COND. Pero...

VAL. Me ofendería.

COND. Como usted quiera. (Á Ricardo.) Sabe usted que creo que á Valentin le devora la envidia?

RIC. Es muy orgulloso.

COND. Muy fátuo.

RIC. Y no se puede dar destinos de importancia á todo el mundo.

COND. ¡Como nos tiene tan contentos!... ¿Querrá usted creer que ha pasado mi santo sin dedicarme un mal romance?... ¡Qué diferente usted! Usted, lo primero, los versos. Y qué primorosos aquellos que me dedicó usted el otro dia.

Galatea desdeñosa
del dolor que á Licio daña
iba alegre y bulliciosa
por la ribera arenosa
que el mar con sus ondas baña.

RIC. No valen nada.

COND. Son divinos. Acompáñeme usted al jardin. (Cogiéndose del brazo de Ricardo.) Voy á decir que me hagan un *bouquet*.—Pues señor, él se lo pierde...) (Á Valentin que la mira irónicamente.) Sí, sí, le estoy diciendo á Ricardito que usted se lo pierde.

VAL. Qué, señora?

COND. Un buen destino.

VAL. Ah, pues mientras no pierda el decoro y la vergüenza...

COND. ¿Qué dice usted? Vergüenza aceptar mi proteccion?

VAL. Líbreme Dios de semejante grosería. Ruego á usted que interprete bien el sentido de mis palabras.

COND. No pienso ocuparme en semejante cosa.—(Vamos, Ricardito.—Le digo á usted que los hombres de talento son insufribles. No me gusta ir con ellos á ninguna parte.

RIC. Tiene usted razon, señora, son inaguantables.) (Vánse por la segunda puerta de la derecha. Leonor sale al mismo tiempo, llorando, por la primera.)

ESCENA XI.

VALENTIN y LEONOR.

VAL. ¿Qué es eso, Leonor? ¿Qué te pasa?

LEONOR. Por qué le ha dicho usted á papá lo que no es cierto, lo que no existe?

VAL. ¿Que no es cierto que yo te amo con toda mi alma?

LEONOR. Ya sabe usted lo que le dije el otro dia.

VAL. Mira, Leonor, yo no puedo ofenderte tomando en serio tus palabras. Que tú me rechazaras por vicioso ó por canalla, lo comprendo; pero rechazarme porque no voy á los bailes, á las carreras de caballos y á los toros... Pues qué, ¿no sabes que estos sacrificios que me impongo son la base de nuestra futura dicha? ¿No sabes que soy pobre y quiero elevarme hasta tí?...

LEONOR. Está usted equivocado.

VAL. ¿Cómo que estoy equivocado?

LEONOR. Sí, señor: algunas veces he oido decir que por ese camino no se va á ninguna parte; que aquí, para medrar, es preciso bullir mucho y hacer cosas que usted no hace.

VAL. No, Leonor, eso no es cierto. Para llegar á la fortuna no hay camino más legítimo que el trabajo.

LEONOR. Ademas, mamá dice que usted parece un huron.

VAL. Tu madre es injusta conmigo.

LEONOR. Y que sólo sabe usted emborronar cuartillas.

VAL. Y amarte mucho.

LEONOR. Y en cuanto á papá... no quiero decir á usted los horrores que acaba de...

VAL. Pero tú no le habrás hecho caso.

LEONOR. (Acariciando una rosa que tiene en las manos.) Lo siento;... pero...

VAL. Leonor, hoy es un dia terrible para mí; dia de desencantos y amarguras. No acabes de hacerme desgraciado. Tu padre me abandona, pero mi esperanza es más consecuente. Es verdad que no puedo ofrecerte una posicion deslumbradora y brillante, pero sí ganar para tí un puesto digno y respetado. Mira: hay una cátedra vacante en la universidad de Granada. Sin decírselo á nadie he tomado parte en las oposiciones; llevo dos ejercicios y—perdona este alarde de orgullo—la suerte me favorece. Quieres unir tus títulos á los mios, modestos pero honrados? Quieres ser adorada eternamente? Quieres hacerme dichoso? Responde.

LEONOR. Yo... á la verdad.... no sé...
VAL. Responde. ¿No ves que estás desgarrando mi alma?
LEONOR. Mamá y papá dicen...
VAL. Pero, tú... qué dices tú?...
LEONOR. Yo...
VAL. Vamos, deja esa flor y contesta. (Arrancándosela de las manos.)
LEONOR. Ah, no la deshoje usted, que me la ha dado Ricardo.
VAL. Ricardo? Oh! (Trémulo de ira va á deshacer la camelia, pero se contiene. Pausa.)
LEONOR. Sí señor; para el baile de esta noche.
VAL. (Despues de dominar la lucha de su alma.) Tome usted. (Leonor la coge y váse. Valentin la ve marchar reflejándose en su rostro profunda amargura. Despues se sonrie irónicamente y se deja caer en un sillon.)

ESCENA XII.

VALENTIN, á poco D. PEDRO.

VAL. He sentido el golpe y me parece mentira que lo haya podido resistir. Bah, los amantes nos morimos de palabra muy fácilmente... ¡¡Y este es el dia soñado!!
PEDRO. Hola, hijo mio; estás aquí todavía? Me alegro, mejor dicho, lo siento; porque tengo que comunicarte una desgracia.
VAL. Más todavía?
PEDRO. ¿Qué?
VAL. Hable usted sin reparo, que no ha de hacerme mella ninguna.
PEDRO. Tu madre...
VAL. (Con ansiedad.) ¡Qué! ¿qué ocurre á mi madre?...
PEDRO. Nada, hijo, nada.
VAL. (Indignándose consigo mismo.) (Ya me había olvidado de que tengo madre.)
PEDRO. Tu madre me escribe que el tio Roque está en las postrimerías.
VAL. ¿Qué dice usted?

PEDRO. Una pulmonía fulminante... Qué!... si no somos nada, hijo mio, no somos nada.

VAL. Dios sabe que lo siento en el alma.

PEDRO. Pero ademas de esta desgracia tengo que comunicarte un desengaño; pero un desengaño muy grande... El tio Roque ha hecho testamento... y se lo deja todo á Ricardo.

VAL. ¡Es posible!

PEDRO. Tan posible... que ahora mismo voy á preparar la maleta á ver si evito...

VAL. (Deteniéndole.) ¿Va usted á torcer la voluntad de un moribundo en provecho propio?

PEDRO. En provecho de un hijo, sí señor, sí señor; vaya si iré.

VAL. (Con energía.) Ni mi conciencia lo consiente, ni mi dignidad lo permite.

PEDRO. Pero...

VAL. De ninguna manera.

PEDRO. (Despnes de titubear un momento.) Bien... si tú no quieres...

VAL. Lo que quiero saber es qué motivo he dado para sufrir esta nueva bofetada de la suerte.

PEDRO. No, el motivo no es deshonroso; al contrario, yo tengo la culpa de todo.

VAL. Usted?

PEDRO. Yo, que estoy diciendo á voz en grito por todas partes que tú tienes el tesoro más grande que puede ambicionarse en el mundo, que á tí no te hace falta nada y que Ricardo es un desdichado sin oficio ni beneficio. Ya se ve, como Roque ha estado oyendo esto contínuamente, y el pobre, la verdad sea dicha, no tenía nada de Salomon, ha tomado el rábano por las hojas y ha hecho una barbaridad! Jesús! Dios me perdone. (Santiguándose.) Ya le llamé bárbaro al moribundo... no sé lo que me digo.

VAL. (Cruzándose de brazos con sonrisa amarga.) ¡Está bien!

PEDRO. Valentin... pero tú tienes mucho talento.

VAL. Padre... no vuelva usted á decirme esa palabra si no quiere usted que me ahogue la rabia... Yo soy el hombre más estúpido de la tierra.

PEDRO. ¿Qué dices?

VAL. Sí, el más estúpido.

PEDRO. Estás ofendiendo al cielo.

VAL. (Cada vez más exaltado.) No dirá usted eso cuando vea usted á Ricardo de gobernador de una provincia y á mí con el fusil al hombro.

PEDRO. ¿Qué dices?

VAL. Ó lo que es más triste, á él Conde del Atajo y á mí hundido en la desesperacion.

PEDRO. ¡Ave María Purísima!

VAL. Luego, si yo he hecho ministro á un hombre para que él me haga á mí administrador subalterno de Rentas estancadas; si me he anamorado ciegamente de una mujer sin comprender la volubilidad de su carácter; si he dado todos mis ahorros á Ricardito, y le he traido á esta casa, y mientras yo echaba el alma sobre esa mesa, él me birlaba la novia, y yo no lo he visto, y el Conde, y la Condesa, y su hija, y todo el mundo, han tenido el suficiente ingenio para explotarme, y yo la suficiente candidez para dejarme explotar, comprenderá usted que estoy siendo víctima de una calumnia hace ya mucho tiempo y que soy un imbécil en toda la extension de la palabra.

PEDRO. ¿Pero á tí te han pasado esas cosas?

VAL. Y muchas más que no digo por no rebajarme á mis propios ojos.—Ah; pero le juro á usted que la venganza será sangrienta.

PEDRO. ¿Qué vas á hacer?

VAL. Entrar de lleno en el período de las barbaridades.

PEDRO. ¿Cómo?

VAL. Necesito arrojar la bilis que me devora.

PEDRO. ¿Te has vuelto loco?

VAL. Ya verá usted el escándalo que hay en Madrid cuando aparezca el primer número de *La Cantárida*, periódico

destinado á levantar roncha.

PEDRO. Eso sería indigno de tu nombre. Tú no puedes revolverte en contra de estos señores, ni estos señores tratarte injustamente. Estais unidos por un interés mútuo.

VAL. Así habla el sentido comun... Es necesario hacer todo lo contrario.

PEDRO. Te pierdes.

VAL. Más perdido!...

PEDRO. Valentin...

VAL. Nada, padre,... ojo por ojo y diente por diente.

ESCENA XIII.

DICHOS, RAMON.

RAMON. Don Valentin, vengo asustado. ¿Qué ha hecho usted al señor Conde?

VAL. Hombre importante, que es el mayor de los disparates.

RAMON. Yo no debía decir estas cosas;... pero... en fin, les quiero á ustedes mucho para callarlas.

PEDRO. ¿Qué ha pasado?

RAMON. Acaba de preguntarme el señor Conde si están ustedes aquí todavía.

PEDRO. (Indignado.) ¿Cómo... todavía?

RAMON. Él y la Condesa le están á usted poniendo de ropa de pascua.

PEDRO. ¿Á Valentin?

RAMON. Es necesario que tome usted las de Villadiego.

VAL. ¿Yo?

PEDRO. (Con creciente axaltacion.) Mi hijo... ¿Pues qué ha hecho mi hijo?

RAMON. Dicen que es un necio orgulloso.

PEDRO. ¿Necio? Oh!... Los necios lo serán ellos cien veces,

RAMON. Que se ha atrevido á soñar imposibles.

VAL. ¡Imposibles!

RAMON. ¡Que cuando, el hijo de un miserable maestro de escuela!...

PEDRO. Mira, Valentin, ya estás yendo á buscar ese sinapismo ó esa cantárida, ó lo que sea...

VAL. ¡Lo ve usted, padre!...

PEDRO. Ya estás poniendo á ese hombre en carne viva.

RAMON. (Asustado.) Señor don Pedro, que viene el Conde.

PEDRO. Llamarle necio á mi hijo!

RAMON. Don Valentin, que viene la Condesa.

VAL. Llamarle miserable á mi padre?

RAMON. (¡Yo escapo!)

ESCENA XIV.

D. PEDRO, VALENTIN, el CONDE y la CONDESA.

CONDE. ¿Qué voces son estas?

VAL. Voces que mañana oirá usted resonar en todas partes.

PEDRO. Y que le atronarán á usted los oidos.

CONDE. Salgan ustedes de mi casa.

VAL. Y para siempre, señor Conde.

PEDRO. Yo quise enseñar á usted á leer y no pude; mi hijo ha querido enseñar á usted política y tampoco ha podido. Hay cosas que son completamente imposibles.

CONDE. Beso á usted la mano.

PEDRO. Yo no le beso á usted nada. Vamos, hijo, vamos... (Vánse por la puerta del fondo.)

ESCENA XV.

EL CONDE y la CONDESA.

COND. La culpa la tiene quien trae cursis á su casa.

CONDE. Estos escritorzuelos son intolerables.

COND. Salen del pueblo, llegan á Madrid, y no saben por donde se andan.

CONDE. Si creerán que han de faltarme periodistas que me sirvan? ¿Pues para qué están los periodistas?

COND. La verdad es que tú le has ofrecido un puesto mezquino

CONDE. El primero de Minglanilla. ¡Me parece!...
COND. Y con el maestro de escuela has estado muy serio. Al fin, sois paisanos. Tu familia y la suya han debido conocerse.
CONDE. No estamos ya en las mismas circunstancias. La familia de Acuña fué ilustre y rica, y ese viejo insolente heredó una fortuna de su padre; pero se metió á socorrer emigrados políticos y se quedó sin una peseta. ¿Tengo yo la culpa de que no haya sabido elevarse? Pues que ¿esto le es dado á todo el mundo?
COND. Y qué voces eran esas con que te amenazaban?
CONDE. Figúrate... voces de desarrapados...

ESCENA XVI.

DICHOS, RICARDO.

RIC. ¡María Santísima! Qué escándalo se va á armar!
COND. Ha visto usted á sus parientes?
RIC. En el café de la esquina les dejo... están proyectando unas cosas horribles. Á mí me han echado con cajas destempladas.
COND. Bien se conoce que no se han educado en París.
RIC. Cá, no señora.
COND. Ni saben lo que es sociedad.
RIC. Cá, no señor: lo único que saben es dibujar unas caricaturas espantosas.
CONDE. ¿Cómo?
RIC. No he visto nada más parecido. Está usted clavado.
CONDE. Quién, yo?
COND. ¿Mi marido?
RIC. Está usted con la gravedad,... vamos, con la gravedad más grave que puede darse.
COND. ¡Ay, Dios mio de mi alma!
RIC. ¿Pues y el escudo?
CONDE. ¿Tambien han puesto escudo?
RIC. Sí señor.
COND. Un lobo rampante?...

RIC. No señora, una media suela claveteada.
COND. ¡Jesús María!
RIC. En campo de...
COND. En campo de Gules?
RIC. No señora, en campo de pez y engrudo.
COND. Nos van á poner en ridículo.
RIC. Y todo trazado con una rapidez febril. Ese Valentin es el demonio: lo mismo maneja la pluma que el lapiz.
COND. ¿Y eso va á darse al público?
RIC. En un periódico satírico titulado *La Cantárida.*
COND. Pero hombre, oyes esto?
RIC. El primer artículo llevará este epígrafe: *La historia de Anton Perulero.*
COND. Ay, Perulero!
RIC. Yo les aconsejo á ustedes que paren el golpe.
COND Reflexiona que un chiste mata á un hombre público.
RIC. Y usted es un hombre público, señor Conde.
COND. Y que van á llenarnos de motes.
RIC. Á usted la llamarán el coche de punto, que va á todas partes.
COND. Toma, toma. (Cogiendo el sombrero y dándoselo al Conde.) Ya estás corriendo á ver á esa gente.
RIC. En casa de mi tia Juana estarán.
COND. Ya sabes...

ESCENA XVII.

DICHOS, LEONOR.

LEONOR. ¿Qué ocurre?
COND. Nada, hija, que mañana nos silban.
RIC. No, usted no tiene mote.
COND. Pero vas á ser la hija de Anton Perulero.
LEONOR. ¿Cómo? (Habla con Ricardo.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, RAMON.

RAMON. Un ayudante del general Lopez espera á vuecencia en

el salon amarillo.

CONDE. Ah... calma, señores, calma... No seré yo quien descienda... El general me llama... Mañana seré ministro.

RIC. Ah, pues entónces nada hay que temer de *La Cantárida.*

COND. ¡Pobres gentes!

LEONOR. Mañana se niega la autorizacion.

COND. Ó se les destierra.

RIC. Ó se les ahorca.

TODOS. Já, já, já, já...

RIC. No se detenga usted, señor Conde.

LEONOR. No te detengas, papá.

COND. El general espera.

RIC. (Á la Condesa y Leonor.) Que sea enhorabuena. Que sea enhorabuena.

COND. y LEONOR. Gracias, gracias. (La Condesa, Leonor y Ricardo se estrechan las manos llenos de efusion y regocijo. El Conde sale tosiendo fuerte por la puerta del fondo. Ramon alza el cortinaje y se inclina profundamente. Todo rápido y animado.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion modesta. Muebles anticuados. Objetos que revelan el carácter místico de la dueña de la casa. Puertas al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

D. PEDRO, en la puerta del fondo, mirando hácia adentro.

¿Por qué no te llevas á la criada?... Quieres que te acompañe yo á la iglesia?... Bueno, mujer, bueno... lo que tú quieras... Ah... dile á la portera que si hay carta la suba en seguida... (Viniendo al proscenio.) Jé, jé, jé... ¡Pobre Juana! en este caseron del Madrid viejo vive apegada á sus recuerdos como la almeja á la concha! (Desdoblando un legajo de papeles que trae en la mano) Jé, jé, jé... Aquí está la venganza sangrienta. (Examinando una caricatura.) Convengamos en que la sombra que proyecta el cuerpo del Conde tiene mucha gracia. (Dejando los papeles sobre la mesa.) Pero señor, por qué no habré dormido en toda la noche?... Ya!... Porque me han herido en el alma, y porque la venganza es un placer que tiene tambien sus insomnios... (Con alegría.) Dentro de poco Madrid habrá lanzado una carcajada á la faz de ese prohombre ridículo... «Ahí va Anton Perulero,» —dirán todos al verle pasar—«Sapo hinchado, caricatura

política,... hijo digno del padre que le engendró.» «Ahí va la mujer de Anton Perulero, provinciana cursi ingerta en aristócrata... Tarasca de todas las funciones.» Y su hija, la hija de Anton Perulero, coqueta en agraz...» Oh, en dos dias, confieso que me han vuelto de arriba á abajo. Ni yo mismo me conozco.

ESCENA II.

D. PEDRO, VALENTIN.

VAL. (De mal humor, sentándose junto á la mesa.) Buenos dias, padre.

PEDRO. Buenos dias, hijo mio. Qué tal has descansado?

VAL. Mal.

PEDRO. ¿Mal?

VAL. No he pegado los ojos en toda la noche.

PEDRO. Hombre, lo mismo me ha pasado á mí. Phs, no es extraño.

VAL. No, no es extraño. (Pausa. Valentin oculta la frente entre las manos.)

PEDRO. Ahí tienes las pruebas. (Con fruicion.) Por cierto que tu editor está entusiasmado. Dice que no ha leido cosa más chistosa en todos los dias de su vida.

VAL. Sí, eh?

PEDRO. Y dice más: que esto es capaz de derribar un ministerio.

VAL. (Con ironía.) Jé, jé, jé...

PEDRO. Ya verá el señor Conde lo que puede y lo que vale el hijo de este miserable... Pero qué, ¿no corriges las pruebas?

VAL. No, padre, nosotros no podemos hacer esto.

PEDRO. (Pensativo.) Lo del burro es un poco fuerte. Si fuera un animal ménos innoble...

VAL. Esta caricatura es una indignidad. (La rompe y arroja los pedazos sobre la mesa.)

PEDRO. Dices bien, hijo mio; no debemos publicarla.

VAL. (Leyendo.) «Dichosos los hijos cuyos padres están en el

infierno porque ellos viven en la gloria.»

PEDRO. Tambien eso es un poco fuerte.

VAL. Deshonra á quien lo ha escrito. (Lo rompe.)

PEDRO. (Con alegría.) Pero en cambio la historia que pone de relieve la estupidez del Conde...

VAL. ¿Y si el Conde me hubiera dado un buen empleo?

PEDRO. Tienes razon... quizás entónces nos hubiera parecido un sabio.

VAL. Luégo, en conciencia?...

PEDRO. Sí, Valentin, en conciencia? tampoco debemos publicar ese artículo.

VAL. Ni nada de esto. (Lo rompe todo.)

PEDRO. Tienes razon, nada absolutamente.

VAL. Dios haga feliz al Conde.

PEDRO. Nosotros podemos morirnos de hambre...

VAL. Pero no descender á tan ruin venganza.

PEDRO. Ademas, nuestra situacion no es tan desesperada. Tú no tienes dinero?

VAL. No, señor.

PEDRO. Bien; ni yo tampoco... Pero cuando Ricardo sepa que es heredero...

VAL. (Con energía.) Ya le he dicho á usted que no quiero nada de Ricardo.

PEDRO. Pero...

VAL. Yo encontraré recursos.

PEDRO. ¿Y cómo?

VAL. ¿Cómo? Desprendiéndome de una obra de administracion que me ha costado cuatro años de trabajo y que es un pedazo de mi alma.

PEDRO. ¿Y te darán ocho mil reales por ella?

VAL. He pedido mil duros para sacar siquiera un jornal de trece ó catorce reales diarios.

PEDRO. Mil duros... ¿Pero hay quien tiene mil duros en el mundo?...

VAL. Hay quien los tiene á cada hora que da el reloj.

PEDRO. ¡Horas de veinte mil reales! No se parecen á las mias.

VAL. Con esto saldremos de apuros y nos iremos de Madrid

para siempre.

PEDRO. Sí, á Minglanilla.

VAL. No, á Granada.

PEDRO. ¿Á Granada?

VAL. Á enterrar mis ilusiones en el fondo de una modesta cátedra.

PEDRO. ¡Cómo!... Qué!... No te comprendo.

VAL. Entre tantos disgustos, alguna satisfaccion le he de proporcionar á usted. He hecho oposicion á una cátedra y he tenido la grandísima fortuna de ir el primero en la terna.

PEDRO. Ay Dios mio!... (Llorando.) Á mí me va á ahogar la alegría.

VAL. ¡Padre!...

PEDRO. No, no te extrañe. Mira: cuando me dicen,—«ahí va el Presidente del Consejo de ministros,» (Encogiéndose de hombros.) como si no me dijeran nada.—«Ahí va el príncipe Menchicoff,»—ó cosa por el estilo...—nada; me quedo tan fresco. Pero me dicen: «ahí va el profesor tal, ó el catedrático cual,» y ya me tienes emocionado. Comprendo que es una tontería, que no hay motivo para tanto; pero no lo puedo remediar. El catedrático de un instituto me causa una envidia extraordinaria; el de una universidad me infunde un respeto profundo, y un rector... ah, un rector es una eminencia á que no llegan mis ojos profanos. Figúrate lo que pasará en mi alma en este instante, al saber que tú... Y todo esto es muy lógico. Para un soldado raso del ejército, no hay nada más grande que un general. Para un soldado raso de las letras como yo ¿qué podrá haber en el mundo más eminente que un general de la ciencia como tú... Jé, jé, jé. Vamos, te digo que es cosa de perder el juicio. Ganas me dan de bailar y cantar. ¡Gracias á Dios que yo tambien tengo horas de veinte mil reales! (Suena un golpe en la puerta del fondo.)

VAL. Adelante.

ESCENA III.

DICHOS y RAMON.

RAMON. Señores, buenos dias tengan ustedes.
PEDRO. Ah, es Ramon.
RAMON. Esto me ha entregado la portera para usted. (Le da un paquete y dos cartas á Valentin.)
PEDRO. De Minglanilla?
VAL. No, señor, de Madrid... (Se sienta á leer las cartas.)
PEDRO. (Pobre Roque! No puedo apartarle de la memoria.)
RAMON. Qué es eso?... Está usted triste? Es claro: el disgusto de ayer tarde...
PEDRO. ¿Quién se acuerda ya de ello?
RAMON. No, pues el señor Conde no lo olvida. Y si mañana,—como se dice,—sale en *La Gaceta* el decreto nombrándole ministro de Fomento, puede usted contarse con los difuntos.
PEDRO. ¿Cómo?
RAMON. La escuela de usted... volaverunt.
PEDRO. (Azorado y trémulo.) Valentin... ¿oyes esto?... Es posible que el Gobierno me quite una plaza que he ganado en concurso público?
VAL. Sí señor,... muy posible... El grano de arena siempre estará á merced del oleaje... aunque haya ganado la playa.
PEDRO. Pero...
RAMON. Pues usted, don Valentin, no va á salir mejor librado.
VAL. Qué!
RAMON. La cátedra de usted... volaverunt tambien.
PEDRO. ¿Pero no es mi hijo el primero de la terna?
RAMON. Sí; pero esta mañana ha estado en casa... el tercero.
PEDRO. ¡Valentin!...
VAL. El Conde está en su derecho. Le hemos declarado la guerra y se defiende.
PEDRO. ¡Conque debemos morirnos de hambre!

VAL. Pues qué!... No sabe usted lo que cuesta á veces en el mundo ser persona decente?...

RAMON. Yo creo que si ustedes acudieran á la señora Condesa...

VAL. ¿Nosotros?...

PEDRO. Cá, no?

VAL. Vamos, usted no sabe lo que se dice.

RAMON. Los pobres, señor don Valentin, no podemos tener orgullo.

VAL. Pero sí dignidad.

RAMON. En fin,... si yo puedo servir á ustedes en algo...

PEDRO. Gracias, Ramon, ya sabemos que usted nos quiere.

RAMON. Nada le digo á usted del señorito Ricardo. Allí se ha quedado dueño de todo. El señor Conde le encargó anoche un discurso.

PEDRO. (Santiguándose.) ¡Ave María Purísima!

RAMON. Nada le digo á usted tampoco de la señorita Leonor. Allí está mariposeando...

PEDRO. ¡Ejem!

RAMON. (Ah, sí, es verdad.) Adios, don Valentin;... adios, don Pedro.) Ya no me acordaba. (Yendo hácia la puerta del fondo.)

PEDRO. Sí, ya me figuro. (Acompañándole.)

VAL. (¡Y yo tan imbécil que aún la amo con toda mi alma!)

ESCENA IV.

D. PEDRO, VALENTIN.

PEDRO. (Con rapidez y azoramiento.) Valentin, recoge ese dinero y vámonos inmediatamente de Madrid, porque esta atmósfera me asfixia. Yo, sin mis pequeñuelos; tú, sin tu cátedra. Recoge, recoge ese dinero.

VAL. Lea usted.

PEDRO. Qué es esto?

VAL. Lea usted.

PEDRO. (Leyendo.) «Muy señor mio: no me es posible comprar á »usted su obra de administracion á ningun precio. Es- »tas cosas no se leen en España.» (Pausa. D. Pedro mira absorto á Valentin.)

VAL. Siga usted.

PEDRO. «Si usted necesita inmediatamente ocho mil reales, se »los daré por el primer número de *La Cantárida*.» (Mirando á Valentin cada vez más sorprendido) ¡Por el trabajo de una noche!

VAL. Hé ahí un jornal decente.

PEDRO. No salgo de mi asombro.

VAL. Ahora lea usted esta otra carta.

PEDRO. (Leyendo.) «Mi queridísimo Acuña: Madrid entero cele»bra *La Cantárida* sin conocerla.» (Á Valentin.) ¿Sin conocerla?

VAL. Como es cantárida todos comprenden sus efectos.

PEDRO. (Leyendo.) «Venga usted á comer conmigo y hablaremos »mal del Conde del Atajo, del gobierno y de todo el »mundo. Su amigo, que le quiere.—J. J. del Brinco.» (Á Valentin.) ¿Quién es este caballero?

VAL. Uno de los hombres más influyentes de España que quiere comprar mi conciencia política... Pero siga usted...

PEDRO. (Leyendo.) «Le convendría á usted ser diputado á Córtes.»—Eh? Cómo?...

VAL. ¡Diputado á Córtes! Es decir, mis sueños de oro.... mis ambiciones de gloria.

PEDRO. Y todo por cuatro chistes.

VAL. Cuatro chistes de café.

PEDRO. Y en cambio esto! (Señalando el paquete.)

VAL. Esto,... esto no sirve para nada.

PEDRO. Pues mira, hijo mio, mejor que mejor... Basta de vacilaciones. (Rápido.)

VAL. Quién lo duda?

PEDRO. Ya sabes el camino.

VAL. Ahora diputado.

PEDRO. Y luégo lo que Dios quiera.

VAL. Y usted, mi madre y yo en la opulencia.

PEDRO. Y todo sin trabajo.

VAL. Ya verá usted cómo se escala en este pais la cumbre de la fortuna. (Dirígese á coger el sombrero.)

PEDRO. (Si... pero llegar á ella á costa de la conciencia.)

VAL. Ea! manos á la obra. (Abrochándose la levita.)

PEDRO. Valentin, hijo mio... un momento... un momento... (Echándole cariñosamente un brazo al cuello y sin saber cómo formular su idea.) No podríamos publicar la historia de Anton Perulero... así... de cierto modo...

VAL. Usted quiere una cantárida sin mostaza.

PEDRO. Eso, eso... sin mucha mostaza; que pique... un poco...

VAL. No sirve: es preciso que arranque el pellejo.

PEDRO. Pues mira: ve á servir al Rey; muere por él y por la Patria, si es necesario; que más vale morir por esto que vivir por la deshonra. (Saca el pañuelo para ocultar las lágrimas.)

VAL. (Pobre viejo! Ya sabía yo que esta sería su decision final. Tendré que consolarle, no se me vaya á morir de pena.) (Recoge el paquete y se acerca á D. Pedro.) Vaya, vaya, padre, tenga usted ánimo. En el mundo hay muchos editores, y... qué diablos! tambien hubo judíos buenos.

PEDRO. De aquellos, pero de estos...

VAL. Estos tienen que ser mejores que aquellos. Por el progreso moral de los tiempos. ¿No es usted progresista?

PEDRO. Sí; pero como no hago más que ir hácia atrás como el cangrejo, me voy hartando de serlo.

VAL. Un paso más y se hace usted conservador.

PEDRO. ¡Eso siempre lo he sido!

VAL. ¡Cómo!

PEDRO. (Abrazándole.) De tu honra y de tu cariño.

VAL. (Con efusion.) Ah, buen padre! No dude usted de que al fin saldremos de este pantano.

PEDRO. Como que tus obras son muy buenas.

VAL. Entónces ya hemos encontrado editor.

PEDRO. ¿Quién?

VAL. Dios, que es el editor de todas las buenas obras. (Sonriéndole.) Hasta luégo, padre, hasta luégo.

ESCENA V.

D. PEDRO.

PEDRO. Sí; pero Dios es editor á la larga, y aquí el plazo es muy corto. No, no... (Coge el sombrero, que estará encima de un mueble.) Ramon ha dicho una frase que no tiene réplica: los pobres no podemos tener orgullo. (Calándose el sombrero.) Veré á la Condesa y la hablaré al alma. (Quitándose el sombrero.) Pero, y si me suelta el toro! ella que es tan aficionada! (Poniéndose el sombrero.) Bah, bah!... Fuera orgullo satánico. El débil busca al fuerte, y aquí los débiles somos nosotros. ¡Yo creía que mi hijo era necesario en aquella casa, y ahora resulta que mi sobrino le ha sucedido en el cargo y hace discursos para que el otro se luzca. ¡¡Oh monstruosidad de las monstruosidades!! (Al empezar este último párrafo Ricardo entrará por la puerta del fondo muy abatido, con las manos metidas en los bolsillos y el sombrero echado á las cejas. No cruzará el escenario en derechura, sinó que dará un rodeo hasta colocarse silenciosamente al lado de D. Pedro.)

ESCENA VI.

D. PEDRO y RICARDO.

RIC. Buenas tardes, tio.

PEDRO. Calla!.., ¿Cómo has entrado tan quedito?... ¿Qué tienes?

RIC. Vengo del Congreso.

PEDRO. ¿Ha hablado el Conde?

RIC. Sí, señor.

PEDRO. Y qué?

RIC. Se han reido mucho.

PEDRO. Del discurso.

RIC. No, señor, del Conde.

PEDRO. Tenía monos en la cara?

RIC. No, señor.

PEDRO. ¿Se ha perdido?

RIC. Al contrario: hablaba con una frescura...

PEDRO. Pues entónces, no tiene remedio; habrá dicho muchos disparates.

RIC. Si todo lo que ha dicho, lo copié yo anoche de un libro muy bueno.

PEDRO. Te has atrevido?

RIC. ¿Qué había de hacer? El Conde me mandó que le trazase un artículo político-administrativo, y yo...

PEDRO. Vamos, sí, tú le has hecho un buñuelo.

RIC. Cá, no señor. Entre Alcalá Galiano, Olózaga, Rios Rosas y yo compusimos una cosa bastante buena. La fatalidad aquí es que hay gentes que se acuerdan de todo.

PEDRO. Pero, hombre... ¿el Conde no comprendió que aquello no podía ser tuyo?

RIC. El Conde es un animal con una memoria ¡prodigiosa. Cogió el discurso y... tras, tras, tras, lo dijo como un papagayo.

PEDRO. ¡Y ese hombre va á ser ministro?

RIC. Ministro?... Pues si hay quien le quiere pegar un tiro...

PEDRO. ¿Eh?

RIC. Si viera usted cómo está el salon de conferencias!

PEDRO. ¿Y la Condesa?

RIC. ¡Figúrese usted cómo se habrá puesto conmigo! (Remedándola.) Con esto y conque salga *La Cantárida*,—decía,—nos hemos lucido.

PEDRO. (Riendo.) Pues mira, no puedo remediarlo; me alegro... Sí, hombre, sí, me alegro.

RIC. Cómo se conoce que usted no pierde nada.

PEDRO. (¡Pobre chico!... Tampoco puedo remediarlo,... me da pena.) Tú no tienes noticias de Minglanilla?

RIC. (Con abandono.) Yo no tengo noticias de ninguna parte.

PEDRO. El tio Roque ha muerto.

RIC. (Pegando un salto.) Eh?... Cómo?... Qué dice usted, tio?... (Don alegría.) ¿Conque ha muerto el tio Roque? (Transicion. Saca un pañuelo y se enjuga los ojos.) ¡Pobre tio Roque!

PEDRO. Y te ha nombrado su heredero.

RIC. Á mí?... Á mí?... ¡Oh fortuna inesperada! Conque ya podré volverá París... y á *Mabille*... y á *Chateau de fleurs*?

ESCENA VII.

DICHOS, la CONDESA y LEONOR.

COND. Eso es, baile usted de alegría despues de la que nos ha hecho...

PEDRO. ¿La señora Condesa en esta casa?

COND. Venimos á ver á doña Juana, á mi queridísima amiga doña Juana.

PEDRO. Pasen ustedes al estrado.

COND. No, en cualquier parte...

LEONOR. Mamá, yo he estado en esta casa.

COND. Cuando vinimos de Cuenca.

PEDRO. Tomen ustedes asiento.

LEONOR. Y he jugado con una niña.

COND. Con Luisita, una hija de doña Juana... ¡Poco que quiero yo á esa niña!...

LEONOR. (Retrocediendo.) ¡Ay, mamá!

COND. ¡Qué!

LEONOR. Que en esa habitacion está Luisita retratada, con los ojos cerrados.

COND. ¡Ha muerto Luisita!

PEDRO. Hace diez años y medio.

COND. ¿Es posible?

PEDRO. Por aquellos dias en que la hicieron á usted Condesa. Mi prima fué á consolarse al seno de ustedes...

COND. Ah,... sí,... un dia que no pudimos recibirla porque teníamos que ir á palacio...

PEDRO. Sí... justamente... ese dia.

ESCENA VIII.

DICHOS y el CONDE.

COND. Ejem... ejem...

PEDRO. ¡Qué veo! ¡Tambien el señor Conde en esta humilde morada!

CONDE. Vengo á ver á mi antigua amiga doña Juana.

PEDRO. Ricardo, acércate á la iglesia de San Justo y dí á la tia que los señores Condes vienen á darla el pésame por la muerte de Luisita.

RIC. (Mas vale tarde que nunca.) Señores... (Mirando á Leonor.)

LEONOR. (¡Majadero!) (Le vuelve la espalda.)

RIC. (Como si á mí me importara algó despues de haber heredado al tio Roque.) (Váse por la puerta del fondo.)

ESCENA IX.

D. PEDRO, la CONDESA, LEONOR y el CONDE.

COND. Es preciso rehabilitarnos;... sinó vamos á dar el trueno gordo.

CONDE. (Este es un pobre hombre. Déjale á mi cargo.)

PEDRO. (Estos vienen por la *Cantárida*. Es necesario ponérsela.)

CONDE. ¡Ya ve usted, señor don Pedro!... Venimos de paz.

PEDRO. ¿Pues cómo habían ustedes de venir? Dándonos de garrotazos?

CONDE. No: quiero decir, que somos los primeros...

PEDRO. Sí, vamos... son ustedes los primeros que se dignan... comprendido, comprendido.

COND. (Con rapidez y aparente indiferencia.) Y no será porque nos importe la prensa satírica.

CONDE. ¡Qué disparate!

COND. El mal sería para ustedes...

CONDE. Cuando se llega á cierta altura...

COND. Si las personas de viso fueran á preocuparse de los gacetilleros...

PEDRO. (¡Cuando digo que voy á ponerles la cantárida!...) En efecto: al señor Conde ¿qué puede importarle que le digan que es hijo de un zapatero? ¿Acaso es una deshonra?

COND. Poco á poco: mi suegro fué contratista de calzado...
CONDE. Contratista!
PEDRO. Justo: contratista de calzado para el ejército; que supo dejar á su hijo cuatro millones de reales... cuyos cuatro millones de reales unidos á otros cuatro de doña Petra García...
COND. Bien, bien, ya sabemos...
PEDRO. De doña Petra García, hija de un abastecedor de patatas para los establecimientos penales...
COND. Pero ustedes van á decir todas esas cosas?
CONDE. Será usted capaz?
PEDRO. Y á ustedes qué les importa?
COND. ¡Señor don Pedro!...
CONDE. ¡Señor don Pedro!!!
COND. Usted es un amigo.
CONDE. Usted me conoce de antaño.
PEDRO. ¡Hombre!... gracias á Dios que ya nos conocemos todos... Muchas gracias, señores, muchas gracias... (Don Pedro se separa del Conde y la Condesa de modo que Valentin pueda llegar hasta él sin verlos.)

ESCENA X.

DICHOS y VALENTIN.

VAL. Padre... vengo loco de alegría. Prepárese usted á una gran sorpresa, pero muy grande... Acabo de recibir un parte telegráfico del tio...
PEDRO. ¿Eh?
VAL. Del tio canónigo... vea usted. (Le da un telégrama.) Ah! (Viendo á los Condes y Leonor y descubriéndose.) Ustedes aquí?...
COND. Sí, hemos venido á ver á doña Juana.
PEDRO. (Que habrá recorrido el telégrama, restregándose los ojos.) (¿Tendré telarañas?...) «He llegado á tiempo de evitar una injusticia. Ricardo no derrochará la fortuna de su tio como derrochó la de su padre. Tú dispondrás de

ella en conciencia...»—Pero esto es un sueño!...

COND. Parece que ha recibido usted una buena noticia.

VAL. Mi padre dirá á ustedes.

PEDRO. ¡Pues es una friolera!... Sí señor que la ha recibido. Figúrese usted que...—Esto sí que es raro!... Nunca me ha importado decir que éramos pobres, y ahora me da vergüenza confesar que somos ricos.

CONDES y LEONOR. ¿Ricos?...

PEDRO. Aquí tienen ustedes al heredero de don Roque de Acuña.

CONDE. ¿Acuña?

COND. ¡Oh, muy rico!... ¡Muy rico!

CONDE. ¡Que sea enhorabuena!

COND. ¡Que sea enhorabuena!

PEDRO. (Sumamente regocijado.) Sinó era posible que Dios nos pusiera tan á prueba! (Reparando en los apretones de manos que los Condes dan á Valentin.) Pero hombre,... ni siquiera guardan la forma!... Ayer era un necio, el hijo de un miserable maestro de escuela, y ahora... (El Conde abraza á Valentin.) Nada, me le atrapan, me le atrapan. No; pues lo que es eso!...

COND. (Viniendo á donde está D. Pedro.) Que sea enhorabuena, señor don Pedro.

PEDRO. Gracias, gracias.

CONDE. (Id.) Que sea enhorabuena.

PEDRO. Muchas gracias... (Ya está aquel poniendo los ojos tiernos...) (Los Condes, vueltos de espaldas á Valentin y Leonor, hablan á D. Pedro; éste sigue atentamente los movimientos de su hijo, que se habrá acercado á Leonor.)

VAL. Usted en esta casa!

LEONOR. Hemos venido por...

VAL. Sí!... Ya... ya comprendo á lo que han venido ustedes!...

PEDRO. (Tosiendo fuerte.) ¡Ejem!

COND. (Rápido al Conde.) (El heredero de Acuña es un gran partido.

CONDE. ¡Ya lo creo!)

PEDRO. Ejem.

COND. Está usted acatarrado?

PEDRO. No, señora; es que se me ha atragantado una cosa y no puedo pasarla por más que hago.

LEONOR. Ah!... (Dejando caer una flor.) Mi margarita...

PEDRO. ¡Ejem!

VAL. (Coge la flor.) ¡Margarita! (Pausa.) ¡Qué recuerdo!... (Pausa.) ¡Todo en ella es modesto!... hasta sus trenzas rubias, que bajan humildemente á besarla los piés. (Vacila un momento, despues da la flor á Leonor.)

LEONOR. Quédese usted con ella.

VAL. No, gracias, muchas gracias.

LEONOR. Pero cree usted?...

VAL. Yo creo en todo, ménos en las flores y en lo efímero de su perfume.

LENOR. (Con despecho.) ¡Ah! (Nerviosamente agitada, se levanta y hace pedazos la flor.)

PEDRO. ¡Bravo!

COND. Qué?

PEDRO. Nada; que ya ha pasado aquello que tenía aquí...

COND. Las incomodidades de la garganta son tan molestas!

PEDRO. Sobre todo para los que tenemos pocas tragaderas.

LEONOR. Vámonos, mamá.

ESCENA XI.

DICHOS y RICARDO.

RIC. Mi tia me ha dicho que no puede venir porque tiene que rezar la novena.

COND. Señor don Pedro, esto es un poco fuerte.

PEDRO. ¿Rezar la novena?

COND. Desairarnos de este modo.

RIC. Me ha dicho que la perdone usted.

COND. ¡Ya sabe lo mucho que la queremos! (Ay, cuánta saliba estoy tragando.) Valentin, nosotros no somos rencorosos.

VAL. Yo tampoco, señora.

CONDE. Y en prueba de ello desde mañana volverán ustedes á mi casa.

VAL. Muchas gracias.

PEDRO. Muchas gracias.

VAL. Pero eso... no es posible.

PEDRO. No, no es posible.

CONDE. y COND. Por qué?

VAL. Porque...

PEDRO. Porque allí vería contínuamente á la señorita Leonor, que es encantadora.

LEONOR. (Con un gesto displicente.) Gracias.

CONDE. y COND. ¿Y qué?

PEDRO. Y volvería á enamorarse de ella,... y á mí no me conviene esta boda.

CONDE y COND. (Mirándose atónitos.) Eh?...

CONDE. Pero usted sabe lo que se dice? (Con orgullo.) Usted olvida que mi hija es heredera de un título?

PEDRO. Pues por eso, señor Conde, por eso. Si se tratara de una señorita educada en la medianía... comprendo que mi hijo aspirara á tanto y fuera dichoso; pero con la hija de un título de Castilla... Jesús! Jesús qué disparate!... (Cogiendo el sombrero y dándoselo.) Nada, nada, señor Conde, evitemos el peligro y giremos cada cual dentro de nuestra órbita... Usted á brillar en la tribuna, á hacer la felicidad de la patria;... usted, señora Condesa, á ser el encanto de todas las reuniones y la gala de todas las corridas de toros. (Cambiando de tono.) Y esto no quiere decir que si ustedes nos necesitan...

VAL. (Con arranque.) Ah, sí!... Si ustedes nos necesitan, no digo la fortuna que acabo de heredar de mi tio don Roque de Acuña, mi vida entera.

RIC. Eh?

CONDE y COND. Gracias.

RIC. (Mirando á D. Pedro, despavorido.) ¡Tio!

PEDRO. (Á Ricardo.) Lee eso que está sobre la mesa.

COND. (Mirando al Conde.) Pues señor, este hombre nos ha matado.

CONDE. (Con desprecio y petulancia.) Bah! Pobre gente! (Váse hácia la puerta del fondo.)

COND. Señores... (Ay qué visita!) (Id.)

LEONOR. (Haciendo una desdeñosa inclinacion de cabeza.) (Ay qué casa!) (Id.)

VAL. (Vieado partir á Leonor y llevándose la mano al pecho.) (Ay qué neciol)

RIC. (Ay, que parte!)

ESCENA ÚLTIMA.

D. PEDRO, VALENTIN y RICARDO.

PEDRO. (Abrazándole con viva alegría.) Valentin, ahora sí que has dado una prueba de lo mucho que vales! (Volviéndose y reparando en el abatimiento de Ricardo.) Calla! En qué piensas tú?

RIC. En el suicidio.

PEDRO. Jé, jé, jé... (Á Valentin.) ¿Cree que vamos á abandonarle? Tendrás una renta de diez ó doce mil reales.

RIC. ¡Cómo!...

PEDRO. Si Valentin aprueba mi proyecto.

VAL. Todo es suyo .. ¿Para qué quiero ya las riquezas?

PEDRO. ¿Para qué?... Jé, jé, jé... Ya me lo dirás dentro de dos ó tres años

allá en la florida vega
donde, cubierto de lauro,
al pie de la Alhambra, el Dáuro
sus fértiles campos riega;

cuando te veas rodeado de una mujer digna de tu amor, de tus hijos y de tus padres!... ¡que bien merecen que les hagas dichosos!

VAL. Ah, perdone usted! Soy un ingrato... (Se abrazan.)

RIC. (Tirándole de la manga de la levita.) Tio.

PEDRO. Qué?

RIC. ¿Podrían ustedes adelantarme dos ó tres anualidades?

VAL. La mitad de la fortuna del tio Roque es tuya.

RIC. Valentin!

PEDRO. Pero, hijo mio,... mira que este es un calavera.

VAL. Déjele usted á mi cargo. Yo le haré hombre de provecho.

PEDRO. Ah!... Bendito sea Dios que te ha dado...

VAL. ¡Padre!... padre!!!...

PEDRO. Tienes razon,... no volveré á mortificarte... ¡Bendito sea Dios que te ha dado una alma noble y un corazon honrado y generoso!

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *M. Murillo*, calle de Alcalá, y de *S. Calleja*, calle de la Paz.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.